

LA DISCRECIÓN DEL CORTESANO

1. EL LABERINTO DE LA CORTE¹

En noviembre de 1548 partió de Barcelona una flota con más de cincuenta galeras en las que viajaba el príncipe Felipe junto a un nutrido séquito de aristócratas y ministros españoles. Era el inicio del *felicísimo viaje* cuyo destino final se encontraba en Bruselas, donde el emperador Carlos V esperaba la llegada de su hijo para presentarlo ante sus súbditos flamencos. La corte itinerante del joven príncipe tuvo que recorrer el norte de Italia, diversas tierras y ciudades del Sacro Imperio y los Países Bajos. Para los cortesanos que acompañaban al príncipe aquel periplo europeo dejó una profunda huella en sus vidas. La emoción de los viajeros quedó reflejada durante décadas en sus cartas y escritos mediante continuas referencias a los lugares y personas que habían conocido durante el trayecto, desde la admiración por la Augusta de los Fúcares hasta la curiosidad por las costumbres de la nobleza alemana o el elogio de la riqueza de las ciudades flamencas. También en el modo de vida de los cortesanos españoles aquel viaje constituyó un hito que dejó su impronta en ámbitos tan dispares como el gusto artístico, los hábitos culinarios o la etiqueta. Una de las escalas

1 En este artículo se han utilizado las siguientes abreviaturas: AGS = Archivo General de Simancas; E = sección Estado; leg. = legajo; BNM = Biblioteca Nacional, Madrid; y Mss = manuscritos.

Una primera versión incompleta de este primer apartado ha sido publicada con el título «El laberinto de la corte. La imagen del cortesano durante el reinado de Felipe II» en el catálogo *Felipe II. Un monarca y su época. Las tierras y los hombres del rey*, Madrid: Ediciones El Viso-TF Editores, 1998, 81-9.

memorables del periplo fue el recorrido por el territorio del Estado de Milán. Las ciudades lombardas se esmeraron en recibir al príncipe Felipe que años antes había sido investido como duque de Milán por su padre². En Milán se celebraron multitud de banquetes, máscaras, torneos a caballo y a pie, y se representaron varias comedias ante el séquito de Felipe. El príncipe inauguró los bailes en palacio danzando con soltura pavanas y gallardas acompañado por los caballeros y damas españoles y lombardos. La presencia en Milán de la corte itinerante del príncipe impulsó un proceso de difusión de maneras cortesanas en un doble sentido. Por un lado los aristócratas hispanos aprendieron el *uso de la tierra* lombarda en fiestas y bailes. Por otro, aprovecharon la ocasión para consolidar la implantación en Italia de festejos y diversiones cortesanas españolas como cuando se organizó en Milán un juego de cañas, «fiesta nueva y que pocas veces se vee en aquella tierra»³.

Junto a las celebraciones y entretenimientos en el palacio del gobernador de Milán otro de los momentos destacados de la estancia del príncipe en tierras lombardas fue la solemne entrada en la ciudad de Pavía. Los aristócratas y ministros que acompañaban al príncipe recorrieron el castillo y la universidad, aprovechando la ocasión «muchos hombres doctos cortesanos» para visitar al jurisconsulto milanés Andrea Alciato. Pocos meses después de tener lugar esta escena salió a la luz la versión castellana de su obra seminal *Emblematum libellus* cuya edición original apareció en Augusta en 1531 y que recibió el título en castellano de *Los emblemas de Alciato en rhimas españolas*. Alciato se convirtió en el fundador de la ciencia de la emblemática que se extendió al conjunto de los reinos europeos en pocos años, iniciando un género que mantuvo su esplendor durante dos siglos. Los emblemas estaban compuestos por un grabado, un lema y un epigrama que los explicaba, ilustrando por lo general algunos principios de la filosofía moral de los antiguos dentro del empeño clasicista por aplicar a los nuevos tiempos la enseñanza de los escritores griegos y latinos. La emblemática tuvo una favorable acogida en los círculos nobiliarios europeos, que se sirvieron del *architexto* de los emblemas de Alciato para adaptarlos a sus empresas y divisas utilizadas profusamente en las fiestas y diversiones cortesanas.

2 Tras la reversión del ducado de Milán al imperio a la muerte del último duque Sforza el emperador Carlos V había otorgado la investidura del ducado a su hijo Felipe en dos ocasiones, en octubre de 1540 y en julio de 1546. En ambos casos la investidura se había mantenido en secreto por conveniencias diplomáticas, si bien las principales autoridades de Milán estaban al corriente de la situación (AGS, E, leg. 1192). Hasta 1554 Felipe no comenzó a ejercer sus competencias gubernativas como duque de Milán. Sobre la entrada triunfal del príncipe Felipe en Milán en diciembre de 1548 véase Silvio Leydi, "I Trionfi dell'Acquila Imperialissima", *Schifanoia*, 9 (1990), 19-42.

3 Juan Cristóbal Calvete de Estrella, *El Felicissimo Viaje del muy alto y muy Poderoso Principe Don Phelipe, Hijo del Emperador Don Carlos Quinto Maximo, desde España a sus tierras de la baxa Alemaña: con la descripcion de todos los Estados de Brabante y Flandes*, Amberes: Martin Nucio, 1552; reedición Madrid, 1930, vol. I, 14-90.

Los aristócratas y ministros que acompañaban al príncipe en Pavía tuvieron oportunidad de volver a escuchar al anciano humanista otro día, pues se dispuso que Alciato acudiese al palacio para pronunciar una oración en latín ante Felipe. Resulta probable que entre los *doctos cortesanos* interesados en conocer a Alciato figurase el secretario personal del príncipe, Gonzalo Pérez, «hombre de raro ingenio y de gran facilidad y experiencia en los negocios» según el cronista del viaje Calvete de Estrella. Gonzalo Pérez era un hombre de letras con una sólida formación humanista que poseía una selecta biblioteca de autores griegos y latinos. Acababa de traducir al castellano la *Odisea* y llevaba varios años manteniendo correspondencia con diversos humanistas italianos como Pietro Bembo o el polémico Aretino. En la semblanza del clérigo segoviano Gonzalo Pérez confluye una esmerada educación humanista con la cercanía inmediata al príncipe, la vida en la corte y la dedicación a los negocios del gobierno de la monarquía. Gonzalo Pérez había medrado en el servicio al emperador gracias al amparo y favor de dos destacados secretarios de Carlos V, Alfonso de Valdés y Francisco de los Cobos. Por tanto, tenía sobrada experiencia con respecto a las pugnas de facciones en la corte y sobre los medios necesarios para conservar su privilegiada posición en el entorno del príncipe. Pérez acompañó a Felipe en sus sucesivos viajes por Europa, asistiéndole durante su estancia en Inglaterra y en los Países Bajos. Como reconocimiento a sus servicios fue nombrado secretario de estado, cargo que desempeñó hasta su muerte en 1566. El único retrato que se conserva de Gonzalo Pérez es una pequeña medalla de bronce que en su anverso muestra la efigie del humanista en una edad ya avanzada cuando ostentaba el puesto de secretario de estado. En el reverso de la medalla se representa la imagen del Minotauro con un arco en un brazo en medio del laberinto de Creta y enmarca la escena un paisaje de árboles, agua y rocas⁴. El motivo no era casual ni circunstancial sino que estaba íntimamente ligado a la actividad del secretario. En su correspondencia con el duque de Alba las cartas de Gonzalo Pérez estaban selladas con la figura del Minotauro en el centro del laberinto⁵. En la quinta edición de su traducción de la *Odisea* titulada *La Ulyxea de Homero, traduzida de griego en lengua castellana por el Secretario Gonzalo Pérez* publicada en Venecia en 1562 añadió una estampa final que representaba al Minotauro en medio del laberinto junto al lema *In Silentio et Spe*. El Minotauro aparece con el brazo derecho doblado llevándose a la boca el dedo índice haciendo el gesto de callar, mientras el brazo izquierdo está extendido esparciendo unas

4 Sobre esta medalla vid. Francisco Álvarez-Ossorio, *Catálogo de las medallas de los siglos XV y XVI conservadas en el Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1950, número 404, 205-6.

5 Ángel González Palencia, *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe Segundo*, Madrid, 1946, vol. I, 343. González Palencia confunde el Minotauro con un centauro, que identifica como el astuto Kirón (10 y 347).

semillas. ¿Por qué adoptó el secretario cortesano esta empresa en los últimos años de su vida? ¿Cuál era su significado simbólico?

La imagen del laberinto y del Minotauro vinculada a la privanza en las cortes reales ya aparecía en la literatura castellana del siglo XV⁶. Con todo, probablemente Gonzalo Pérez ideó su empresa a partir de los emblemas del humanista milanés, a quien tuvo la ocasión de conocer durante el *felicísimo viaje* del príncipe Felipe. El emblema XI del libro de Alciato está dedicado al silencio representado por el dios egipcio Harpócrates, hijo de Osiris e Isis, que hace el gesto de llevar su dedo índice a los labios. En el emblema XII bajo el lema *Non vulganda Consilia* aparece la figura del Minotauro sobre un estandarte romano, mientras al fondo se dibuja «la ciega morada y oscura tiniebla y laberintos de Cnosos». El monstruoso Minotauro, fruto de los amores de la reina de Creta Pasífae y de un toro, fue encerrado por el abochornado rey Minos en «una cárcel muy horrenda y oscura y con muchas puertas, y tan confusas y secretas entre sí que el que una vez entrase dentro no pudiese salir por la dificultad de poder acertar con la salida», laberinto que diseñó el arquitecto Dédalo⁷. En el epigrama Alciato previene sobre la cautela que se debe guardar para mantener el secreto en los consejos en materias de guerra. Gonzalo Pérez se sirvió de estos dos emblemas como punto de partida para idear su empresa a la que añadió un lema tomado de un versículo bíblico del profeta Isaías. Tras aparecer en la edición veneciana de *La Ulyxea* la empresa se difundió por Italia y su significado críptico suscitó múltiples interpretaciones. Buena prueba de ello es el amplio comentario que le dedica Ieronimo Ruscelli en su obra *Le Imprese Illustri con espositioni, et discorsi* que fue publicada en Venecia en 1566, el mismo año que fallecía el secretario segoviano y el propio Ruscelli. El polifacético Ruscelli, natural de Viterbo, dedicó su tratado a Felipe II cuya empresa, que representa al dios Apolo conduciendo el carro solar, aparece en un esmerado grabado. También se ilustran en láminas grabadas por Nicolo Nehl las empresas de diversos militares y ministros españoles como la de Antonio de Leiva. En particular la empresa del secretario Gabriel Zayas, hechura de Gonzalo Pérez, sirve como contrapunto a la del monarca ya que propone la escena del joven Faetón obligando a su padre

6 Entre otros, Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*. Ed. Miguel Ángel Pérez Priego, Madrid, 1989, 92.

7 Andrea Alciato, *Emblemas*. Ed. de Santiago Sebastián, Madrid, 1985, 42-3. Una referencia detallada de la leyenda mitológica en Ovidio, *Las Metamorfosis*, Libro Octavo (*Le metamorfosi / Metamorphoseon*. Ed. Gianpiero Rosati y Rossella Corti, Milán, 1994, vol. I, 458-61). En 1545 se había publicado en Amberes la obra de Ovidio traducida al castellano por Jorge de Bustamante. Se ignora si Gonzalo Pérez conocía imágenes similares a su empresa como la supuesta gema romana que reprodujo P. A. Maffei en 1707. Sobre los antecedentes bajoimperiales o renacentistas de la representación del Minotauro en un laberinto espiral véase Paolo Santarcangeli, *El libro de los laberintos: historia de un mito y de un símbolo*, Madrid, 1997; ed. orig. Florencia, 1967, 218-9.

Apolo a confiarle la conducción del carro solar, poco antes de la desastrosa caída del ambicioso e improvisado cochero⁸. Según Ruscelli la naturaleza híbrida del Minotauro sugiere una convergencia de diversas virtudes, uniendo la fortaleza del toro con la prudencia, el consejo y el intelecto del hombre. Esta naturaleza dual del Minotauro también la resaltó el valenciano Fadrique Furió Ceriol en 1575 quien identifica la política del principado «con la efigie minotauro de medio arriba hombre, que es el buen gobierno, que ha de ser superior y primero, y de medio abajo bestia, que es la potencia con las armas, que ha de ser inferior y postrera»⁹. En *Le Imprese Illustri* el laberinto es símbolo del secreto por la dificultad que supone acertar con la salida, circunstancia que Ruscelli asocia con la necesidad que tiene el cortesano de impedir que sus émulos conozcan sus pasos y objetivos.

Conviene ad un prudentissimo Capitano, o Principe, o Ministro d'importanza tener sempre con diverse vie tanto intrigata la mente altrui sotto diversi colori, che non si possa in alcun modo comprendere il fine, o l'intentione de suoi consigli nelle cose importanti a se stesso, o al servizio del suo Signore.

Así, el cortesano debe ser capaz de contrarrestar con un silencio no sólo verbal sino también gestual las técnicas de captación de información y de sondeo del ánimo propias de la corte como eran el arte de la observación y las estrategias dialécticas del arte de la conversación¹⁰. Con respecto al brazo del Minotauro que esparce semillas en un campo verde Ruscelli indica que expresa la solicitud y la diligencia del secretario en sembrar y cultivar el jardín de la gracia del prín-

8 Ieronimo Ruscelli, *Le Imprese Illustri con espositioni, et discorsi*, Venecia: Francesco Rampazetto, 1566, 28, 65 y 441-6. Ya en 1556 Ruscelli se había ocupado de editar en Venecia el *Dialogo dell'Imprese Militari et Amorse* que Paolo Gioio escribió durante el verano de 1551. En este diálogo aparecen las empresas de Diego de Mendoza, Diego de Guzmán, Antonio de Leiva y Leonor de Toledo. Ruscelli añadió a la obra de Gioio un *Discorso* sobre las empresas.

9 Fadrique Furió Ceriol, *El Concejo y Consejeros del Príncipe*. Ed. Henry Méchoulán, Madrid, 1993, 113-4.

10 El arte del silencio y de la discreta cautela llega a su culminación en la literatura áulica del siglo XVII, particularmente en los tratadistas jesuitas como Baltasar Gracián, *El Héroe*, Madrid: Diego Díaz, 1639, Primor II; y Francisco Garau, *El Sabio instruido de la naturaleza en quarenta máximas políticas, y morales*, Madrid: por Antonio Gonçalves de Reyes, a costa de Gabriel de León, 1677, máximas XXI y XXII, para quien el silencio es divino. Para una perspectiva más extensa de algunos tratadistas que escribieron en castellano sobre el arte áulico remito a Antonio Álvarez-Ossorio Alvaríño, «Corte y cortesanos en la monarquía de España» en Giorgio Patrizi y Amedeo Quondam (eds.), *Educare il corpo, educare la parola nella trattatistica del Rinascimento*, Roma, 1998, 297-365. En particular sobre el silencio del monarca véase el artículo de Pilar Pedraza, «El Silencio del Príncipe», *Goya*, 187-188 (1985), 37-46, donde se estudia la imagen del Minotauro.

cipe. Por tanto, silencio y gracia son las armas del Minotauro para triunfar en el laberinto donde vive rodeado de penosos trabajos, malignidad y envidia¹¹. Semejantes interpretaciones del significado simbólico de la empresa fueron reiteradas con menor detalle por otros tratadistas de la emblemática como Juan de Horozco y Covarruvias quien afirma en sus *Emblemas morales* (Segovia, 1598) que «el Minotauro en el Labyrintho, o por sí, denotaba el secreto que tan necesario es en los consejos de la guerra»¹². La simbología utilizada por los romanos para la guerra y el arte militar servía a los cortesanos como metáfora de los medios para vencer en las luchas de palacio¹³.

La fábula del Minotauro en el laberinto que sirvió de motivo para la empresa de Gonzalo Pérez fue también apreciada por otros destacados cortesanos españoles. A mediados del siglo XVI el arquitecto Nicolás de Adonza recibió el encargo de diseñar los jardines del palacio que los marqueses de Mondéjar habían levantado en su villa solariega situada al sur de Guadalajara. Junto a los diseños de los jardines de gusto manierista se ha encontrado el boceto de una fuente que representa al Minotauro en medio de un laberinto espiral compuesto por nueve círculos concéntricos formados con callejones de agua y tierra. A la escultura del Minotauro se accedía recorriendo el *andador principio del labe-*

11 Ruscelli da también otra interpretación a la empresa de Gonzalo Pérez como consecuencia de su condición de clérigo que aspira a salir del laberinto de las cosas mundanas mediante un equilibrio entre la vida activa y la vida contemplativa, esperando la gracia divina. No sabemos si este significado espiritual de la empresa estaba relacionado con el empeño mostrado por el secretario durante los últimos años de su vida en convertirse en cardenal. La empresa del Minotauro dentro del laberinto, divulgada por el tratado de Ruscelli, fue adoptada por diversos personajes a principios del siglo XVII como el arzobispo de Embrun (cuya divisa era un laberinto), la familia inglesa de los Vansittart en Berkshire y una rama del linaje napolitano de los Carafa (cfr. Paolo Santarcangeli, op. cit., 271).

12 Cfr. Juan de Horozco y Covarruvias, *Emblemas morales*, Segovia: Juan de la Cuesta, 1589, f. 52. Referencias expresas a la empresa de Gonzalo Pérez se encuentran en varios tratados italianos sobre emblemática que fueron publicados en aquellos lustros como el diálogo de Torquato Tasso, *Il Conte overo de l'Imprese*, Nápoles: stamperia dello Stigliola, 1594; edición de Bruno Basile. Roma, 1993, 189.

13 En torno al año 400 Flavio Vegetio Renato escribió su tratado *Epitoma Rei Militaris* cuyos planteamientos fueron reiterados en diversas obras y traducciones comentadas en Castilla entre los siglos XIII y XV, teniendo una particular influencia en el *Tratado de la perfección del triunfo militar* de Alfonso de Palencia. En capítulo VI del Libro III al tratar de la marcha de la infantería Vegetio advirtió que «lo que os importa más en estos lances es que no descubráis por qué caminos y parajes queréis llevar el ejército, porque el éxito de una expedición consiste en que ignore el enemigo lo que queréis hacer. Por esto, los antiguos llevaban en las legiones una bandera con la figura del Minotauro para demostrar que el secreto del general debía estar tan oculto como lo estaba aquel monstruo dentro de su intrincado laberinto» (sigo la traducción de Jaime de Viana publicada en 1764 y reeditada en Madrid, 1988 bajo el título *Instituciones militares*, 86). Así, algunos de los preceptos en los que Vegetio cifraba el conocimiento del arte militar se podían aplicar para sobrevivir en el escenario competitivo de la corte. También Sexto Pompeyo Festo vinculó la figura del Minotauro en el laberinto con el secreto en la guerra: «El Minotauro es una de las efigies militares porque no deben estar los consejos de los jefes menos oculto que lo estuvo su domicilio del Laberinto» (cfr. Pilar Pedraza, art. cit., 41).

rinto y tras seguir un sendero denominado *entrada al minotauro*¹⁴. La aparición de la figura del Minotauro en los programas iconográficos de los jardines del siglo XVI parece oportuna si se tiene en cuenta cómo proliferan en Europa los diseños laberínticos de jardines a lo largo de la centuria. Así, la imagen del laberinto, tan frecuente en las catedrales góticas, se extiende a los jardines europeos como se pone de relieve tratados como *The Gardener's Labyrinth* (Londres, 1598) de Thomas Hill y, en particular, *Hortorum Viridariorumque elegantes & multiplicis formae* (Amberes, 1583) de Hans Vredeman de Vries, arquitecto holandés que frecuentó la corte de Felipe II entre 1564 y 1571¹⁵. La difusión del laberinto acabó favoreciendo la aparición de su guardián y morador, el Minotauro. Los marqueses de Mondéjar, pertenecientes a una rama del linaje de los Mendoza, estaban emparentados con las principales familias de la aristocracia hispana y frecuentaron las cortes de Carlos V y de Felipe II¹⁶. La fuente del Minotauro en el laberinto quizá podía evocar al II^o marqués de Mondéjar, Luis Hurtado de Mendoza, en su corte señorial de Mondéjar los ecos de una experiencia vital marcada por el deseo de medrar y el desengaño. Al comenzar la década de los cincuenta del siglo XVI el marqués y sus hermanos ocupaban destacados puestos supremos al servicio del emperador. Luis era presidente del consejo de Indias mientras su hermano Antonio ejercía el puesto de virrey del Perú, Bernardino seguía una brillante carrera militar y Diego Hurtado de Mendoza era embajador del César en Roma y jefe de la guarnición española en la repúbli-

14 Sobre esta fuente véase José Miguel Muñoz Jiménez, «Sobre el jardín del Manierismo en España: jardines del Palacio de Mondéjar (Guadalajara)», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIII (1987), 338-347. Se ignora si la fuente se acabó construyendo según el diseño existente y su eventual localización definitiva. Las escenas mitológicas fueron uno de los motivos más profusamente utilizados en los grupos escultóricos y las fuentes del jardín manierista. Múltiples referencias al respecto se pueden encontrar desde la perspectiva de las principales cortes europeas en Carmen Añón Feliú (dir.), *Felipe II. El rey íntimo. Jardín y naturaleza en el siglo XVI*, Madrid, 1998.

15 La primera edición de la obra de Hill apareció en 1577. Sobre estos y otros tratados coetáneos véase Carmen Añón Feliú, «La literatura de jardines en el siglo XVI. Del Hortus al Jardín de Delicias», en Gregorio de los Ríos, *Agricultura de iardines, que trata de la manera que se han de criar, govarnar, y conservar las plantas, y todas las demas cosas que para esto se requieren*. Ed. Joaquín Fernández Pérez e Ignacio González Tascón, Madrid, 1991; la primera edición de la obra de Gregorio de los Ríos, dedicada a Felipe II, fue publicada en Madrid, 1592, 82-101. Con respecto a los diseños de laberintos en particular véase Eduardo Blázquez Mateos, «Los laberintos y la racionalidad paisajística como metáfora», *Boletín del Museo e Instituto 'Camón Aznar'*, LIX-LX (1995), 61-82, donde se indica una interesante iconografía del laberinto en el palacio de los Bazán en el Viso del Marqués en Ciudad Real, si bien al ocuparse de las dos empresas que atribuye exclusivamente a Antonio Pérez confunde el Minotauro con un centauro (pp. 66-8), Vicente Lleó Cañal indica que en la segunda mitad del siglo XVI existían jardines con laberintos en Valencia, Toledo y Sevilla (cfr. «Los jardines de la nobleza» en Carmen Añón y José Luis Sancho (eds.), *Jardín y naturaleza en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1998, 234-5).

16 José Cepeda Adán, «Los últimos Mendozas granadinos del siglo XVI», en *Miscelánea de estudios dedicados al profesor Antonio Marín Ocete*, Granada, 1974, 183-204.

ca de Siena. Pero el año de 1552 fue fatídico para los Mendoza. Antonio fallece en tierras peruanas y se desvanece la *ventura* de Diego en Italia. Un incidente en la corte pontificia y la revuelta de la facción popular en Siena dieron al traste con el brillante porvenir del ingenioso noble. Hacia 1554 Diego regresó a los reinos hispanos donde residió hasta que en 1557 se trasladó temporalmente a Bruselas para intentar de ganarse el favor del nuevo rey. En septiembre de 1557 falleció Bernardino en los campos de San Quintín cuando la amistad con Ruy Gómez de Silva le había facilitado nuevas mercedes y dignidades. A finales de ese mismo año Luis hizo dejación de sus cargos y se retiró a su palacio de Mondéjar. Se ausentaba de la corte de la regente al ver defraudado su deseo de ocupar la vacante de la presidencia del consejo de Castilla. El marqués cambió la corte de Valladolid por su casa apartada y probablemente en estos años cobraron nuevo impulso las obras en los jardines que el arquitecto Adonza diseñó por encargo de Luis. El enigmático boceto de la fuente del Minotauro quizá pertenece a estos tiempos de retiro y desengaño de un cortesano eminente que pertenecía a una familia habituada a alternar el favor del príncipe con el olvido y la caída en desgracia. En sus paseos por el hipotético jardín el Minotauro podía representar a los ojos del marqués la parca que devoraba a sus hermanos poco después de recibir honrosos cargos otorgados por sus príncipes. También el Minotauro podía ser el rostro desfigurado de la envidia que impidió a Diego Hurtado de Mendoza, el ensalzado espejo de los cortesanos discretos, recibir la justa retribución a sus méritos y servicios¹⁷. Al igual que la empresa utilizada por Gonzalo Pérez, la fuente del Minotauro admitía múltiples interpretaciones. Las escenas mitológicas que decoraban los jardines manieristas además de servir para recreación del gusto de la nobleza contenían una enseñanza moral. Uno de los significados ético-políticos de la fábula de Minotauro, Teseo y el laberinto lo recoge Juan Pérez de Moya en *Philosophia Secreta donde debaxo se contiene mucha doctrina, provechosa a todos estudios. Con el origen de los Idolos o Dioses de la Gentilidad* (Madrid, 1585):

Por este laberintio quisieron los antiguos declarar ser vida del hombre intrincada e impedida con muchos desasosiegos, que de unos

17 Una completa semblanza de la trayectoria cortesana de Luis Hurtado de Mendoza en Santiago Fernández Conti, "Luis Hurtado de Mendoza", en Apéndice: *Los consejeros de Felipe II* en José Martínez Millán y Carlos J. de Carlos Morales (dirs.), *Felipe II (1527-1598). La configuración de la monarquía hispana*, (Salamanca, 1998), 403-5, donde se indica como el marqués logró finalmente la presidencia del consejo de Castilla en diciembre de 1559 aunque tal promoción no impidió su definitiva caída en desgracia en 1563 falleciendo en Mondéjar a fines de 1566. Por lo que respecta a su hermano Diego, Bernardo Blanco-González sugiere que quizá mantuvo una relación epistolar con Gonzalo Pérez gracias a la común amistad que ambos cortesanos mantenían con Marina de Aragón (cfr. introducción a su edición de la *Guerra de Granada*, Madrid, 1996, 27).

menores nacen otros mayores. O el mundo lleno de engaños y desventuras, adonde los hombres andan metidos, sin saber acertar la salida o sus daños, enredados en tantas esperanzas vanas, atados en contentamientos que no hartan, olvidados de sí, embebidos en sus vicios, aficionados a su perdición; finalmente, rendidos a sus desenfrenados apetitos.

Por Theseo es entendido el hombre perfeto que sigue el hilo del conocimiento de sí mismo; este tal sale deste peligroso labirinto, el cual, no soltándole jamás de la mano, entiende que el cuerpo es mortal y transitorio, y el alma inmortal y eterna, criada para el cielo, y que lo de allá es su tierra, y esto de acá es destierro; y con este conocimiento de sí, vencido el terrible Minotauro, que es su propia y desordenada concupiscencia, sale del mundo con su maravillosa victoria¹⁸.

El sentido moral del laberinto y el Minotauro, con sus reiteradas alusiones a las *esperanzas vanas* y al desengaño, encajaba con los tópicos imperantes sobre la vida de corte y las miserias cotidianas de los cortesanos¹⁹. En la corte real se sublimaban los vicios e infortunios del *mundo* o *del siglo*²⁰. Además existían otros paralelismos entre la fábula y el universo cortesano. La enrevesada planta del palacio de Cnosos había sido el origen del mito del laberinto. Durante siglos la imagen del laberinto se identificó con un palacio. De forma paralela, el

18 Juan Pérez de Moya, op. cit. Ed. Carlos Clavería, Madrid, 1995, 485-6. Boccaccio en su *Genealogía de los Dioses* había interpretado la fábula del Minotauro, Minos y Pasifae en términos morales como una pugna entre el alma, la razón humana y el placer. Cfr. Jean Seznec, *Los dioses de la Antigüedad en la Edad Media y el Renacimiento*, Madrid, 1983; ed. orig. París, 1980, 188. Por otro lado, la interpretación teológica de la fábula del laberinto, Teseo y el Minotauro tuvo una prolongada acogida como núcleo argumental de varios autos sacramentales como *El laberinto de Creta* de Tirso de Molina y *El laberinto del mundo* de Calderón de la Barca, quizá estrenado hacia 1677. En ambos autos Teseo simboliza a Cristo que acude para salvaguardar el alma humana amenazada por el Mundo y por la culpa del pecado.

19 La fábula del Minotauro siguió gozando de acogida durante el siglo XVII en la corte real. Sirvió de motivo para las pinturas de Rubens destinadas a la Torre de la Parada de El Pardo en tiempos del conde-duque de Olivares (*Rubens: Dédalo y el Minotauro*, La Coruña, 1990) y figuró en 1680 en las estatuas del arco situado en la Puerta del Sol durante la entrada de la reina María Luisa de Orleans (vid. Rosa López Torrijos, *La mitología en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid, 1985, 157 y 250).

20 Pedro López de Montoya advirtió en 1595 como en la corte «será gran hazaña no pervertirse, porque los vicios vsados en las Cortes mucho más pegajosos que los de otras partes, por ser las ocasiones mayores y más vehementes, y la autoridad de la gente principal quanto se entrega a ellos allana el camino para que la demás gente siga las mismas pisadas. De manera que el fuego que arde en las Cortes centellea por todo el Reyno, y los que dellas van mal acostumbrados a sus tierras siempre derraman algunas centellas de malos usos, con que después se abrasa todo (...)» (*Libro de la buena educación y enseñanza de los nobles*, Madrid, 1595. Ed. Emilio Hernández Rodríguez como apéndice en *Las ideas pedagógicas del doctor Pedro López de Montoya*, Madrid, 1947, 400).

laberinto también se equiparó a una cárcel de la que era imposible escapar²¹. Si el laberinto podía convertirse en un palacio, ¿en quién se transformaba el Minotauro? En la primera parte de *El Criticón* (Zaragoza, 1651) Baltasar Gracián describió una corte regia «modelo de laberintos y centro de minotauros» donde moraba un *príncipe de gran autoridad*, el rey Falimundo, que «guarda gran recato, no se permite así vulgarmente que consiste su mayor estimación en el retiro y en no ser descubierto. Al cabo de muchos años llegan algunos a verle, y eso por gran ventura; que otros, ni en toda la vida». En aquellos años de colapso militar y financiero de la monarquía de España en Europa Gracián caracterizó la corte del rey Engaño con unos rasgos que no dejaban de tener algunos paralelismos con los tópicos que se utilizaban para censurar la corte madrileña de Felipe IV *El Grande*²². El peregrinaje de Andrenio y Critilo permite a Gracián describir la corte de esta manera:

[El Palacio] era espacioso y nada proporcionado, ni estaba a escuadrería: todos ángulos y traveses, sin perspectiva ni igualdad. Todas sus puertas eran falsas y ninguna patente; muchas torres, más que en

21 Sobre el significado simbólico del laberinto véanse Gustav René Hocke, *El mundo como laberinto*, Madrid, 1961 (ed. orig. Hamburgo, 1959), 187-97; Paolo Santarcangeli, op. cit. y Miguel Rivera Dorado, *Laberintos de la Antigüedad*, Madrid, 1995.

22 Con respecto al apelativo de *El Grande* aplicado a Felipe IV durante el valimiento del conde-duque de Olivares véase Juan Antonio Tapia y Robles, *Ilustración del renombre de Grande (...) de Felipe IV*, Madrid, 1638. A Quevedo se le atribuyó el *Memorial* en el que se decía «Grande sois, Filipo, a manera de hoyo». Algunas críticas al monarca por su afición a las fiestas y el despilfarro en la construcción del palacio del Buen Retiro en José Deleito y Piñuela, *El rey se divierte*, (reedición Madrid, 1988), 200, 217 y 239; y Jonathan Brown y John H. Elliott, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, 1981 (ed. orig. 1980), 243-7. Matías de Novoa comparaba las fiestas del Retiro con las de Nínive o de Nerón. En 1655 Jerónimo de Barrionuevo se lamentaba de que en la corte real «no se trata sino de gustos y placeres» y de costosas comedias en El Retiro: «En esto se pasa por acá el tiempo, sin que nuestros enemigos le pierdan en procurar nuestro daño» (*Avisos*, I. Ed. A. Paz y Melia, Madrid, 1968, 107 y 121). En 1658 un fraile franciscano le dijo al rey que «se dejase de comedias y de regocijos, y acudiese a hacérselos a Dios para que Él le diese la salud» (*Avisos*, II, ed. cit., Madrid, 1969, 189). En cuanto a la crítica a la invisibilidad del rey a causa de la etiqueta de la corte vid. John H. Elliott, «Philip IV of Spain, prisoner of ceremony», en A. Dickens, *The Courts of Europe. Politics, Patronage and Royalty, 1400-1800*, Londres, 1977, 169. Con respecto a las celosías que se abrieron en el alcázar para que el rey pudiese escuchar sin ser visto las deliberaciones de los consejos véase José Manuel Barbeito, *El alcázar de Madrid*, Madrid, 1992, 143. Como se refleja en sus cartas Gracián guardaba un recuerdo desagradable de su estancia en la corte madrileña. Sin embargo, en su obra inicial el jesuita aragonés no dudó en elogiar a Felipe IV. Así en el primer XVIII de *El Héroe* (Madrid: Diego Díaz, 1639) se le propone como «el monarca de los héroes, primera maravilla de las animadas del orbe y el cuarto de los Filipos de España, que al sol de Austria se le debía cuarta esfera. Sea espejo universal quien representa todas las maxímades, no digo ya grandezas» para acabar calificándole de «El afortunado, por su felicidad; el animoso, por su valor; el discreto, por su ingenio; el catolicísimo, por su celo; el despejado, por su airoosidad; y el universal, por todo», *Obras completas*. Ed. Emilio Blanco, II, Madrid, 1993, 38.

Babilonia, y muy airosas; las ventanas verdes, color alegre, por lo que promete y el que más engaña. Aquí vivía, o aquí yacía, aquel tan grande como escondido monarca, que muy entretenido asistía estos días a unas fiestas dedicadas a engañar al pueblo no dejándole lugar para discurrir en cosas mayores. Estaba el Príncipe viéndolas bajo celosía, ceremonial inviolable, y más este día que hubo juegos de manos, obra de gran sutileza, muy de su gusto y genio, toda tropelia²³.

El rey oculto por la etiqueta y dedicado a fiestas resulta ser un *monstruo coronado*, el Engaño. La corte se transforma en cárcel cuando Andrenio y Critilo intentan salir por la puerta de la ciudad y «hallaron guardias en ella que a nadie dejaban salir, y a todos entrar». Gracias a los consejos de una reina discreta, el Saber, los desventurados logran escapar de aquel *laberinto de los enredos*. La equiparación entre el laberinto y el palacio-cárcel así como entre el Minotauro y el monarca pone de relieve la compleja recepción de la fábula interpretada en clave cortesana. Ya setenta años antes de la publicación de *El Criticón*, en la corte de Felipe II la imagen del Minotauro sirvió como elemento de confrontación entre facciones políticas. Según Pérez de Moya el laberinto simbolizaba los desasosiegos, engaños, desventuras y esperanzas vanas de la vida humana. La trayectoria vital de Antonio Pérez, hijo de Gonzalo, ilustra la oscilación entre la palma de la gloria y el rigor de la espada con la que se caracterizaba la vida en la corte.

El conflicto y la pugna entre facciones configuraban la estructura de la corte regia²⁴. Los espacios de poder y de patronazgo eran limitados, y los grupos políticos rivalizaban por conquistar y conservar bajo su control las esferas relevantes del gobierno. Los enfrentamientos entre parcialidades se expresaban utilizando el lenguaje de la cultura política cortesana. El rey y los aristócratas se servían de la emblemática para ensalzar la virtud y preeminencia de su posición y de su linaje. Pero también los emblemas podían ser un arma arrojadiza en las guerras de corte, un instrumento de lucha. Así sucedió con la empresa de Gonzalo Pérez, quintaesencia de tantos saberes áulicos. Al fallecer Gonzalo en 1566 su hijo natural legitimado Antonio Pérez había iniciado una fulgurante carrera como secretario de confianza de Felipe II, amparado por la parcialidad del príncipe de Éboli. El asesinato del secretario Juan de Escobedo y el declive de la facción *papista* provocaron el encarcelamiento de Antonio Pérez en julio de 1579. Durante casi once años Antonio Pérez permaneció en diversas prisiones dentro y fuera de la corte, y con grados variables de rigor por parte de sus carceleros.

23 Baltasar Gracián, op. cit., crisis séptima (ed. Madrid, 1983, 71, 76 y 78).

24 Véanse los estudios reunidos en José Martínez Millán (dir.), *La corte de Felipe II*, Madrid, 1994.

En un periodo inicial de relativa bonanza Antonio Pérez se sirvió de la empresa paterna para amenazar a Felipe II con revelar a quienes le interrogaban los pormenores de la participación del monarca en la muerte de Escobedo. Junto a la divisa de su padre Antonio Pérez colocó un Minotauro que señalaba con el brazo derecho al cielo abierto bajo un lema latino en el que se advertía *Vsque Adhvc*. El laberinto espiral donde moraba el minotauro aparecía en ruinas, con las paredes derribadas y los senderos abiertos. El Minotauro silente estaba dispuesto a hablar si perdía la esperanza en el amparo y la clemencia de su señor. El pacto tácito entre rey y secretario se estaba desatando ante el incumplimiento de las obligaciones recíprocas. Las paredes del laberinto, símbolo del secreto, se habían hundido dejando expuesto al Minotauro. Los muros del laberinto ya no le defendían pero al mismo tiempo tampoco le impedían escapar. La representación del laberinto, vinculada a la intrincada planta del palacio de Creta, también había sido asociada desde tiempos remotos a la imagen de una cárcel. En la trayectoria vital de Antonio Pérez la empresa del laberinto ilustraba el paso repentino de frecuentar las estancias del monarca en el palacio real a estar recluido en una prisión. Desde la cárcel Antonio Pérez utilizó las dos empresas para avisar al rey de las perniciosas consecuencias de la quiebra del secreto, de la *lengua desatada* del Minotauro. El secretario recordaba en sus *Relaciones* (París, 1598) como en 1580 utilizaba estas divisas para sellar su correspondencia y, en particular, los billetes que dirigía al rey. «En medio de mis prisiones envié a Milán un criado públicamente con 10.000 escudos (bien notorio en aquella ciudad y en la Corte de España) para hacer una cama y colgadura de terciopelo carmesí y telas, y en todo ello bordadas las dos divisas en mayores figuras; y muchos camafeos, escritorios, bufetes, carrozas y plata, labrados de industria de nuevo, para extender en todo estas divisas»²⁵. Antonio Pérez deseaba que su envite simbólico al rey fuese conocido por la mayoría de los cortesanos por lo que dispuso que «de industria, cuando llegó todo se colgó en las calles de Madrid en una fiesta del Santísimo Sacramento». La empresa del Minotauro locuaz provocó el escándalo en la corte. El monarca y sus ministros ordenaron toda clase de diligencias «para buscar estos bordados, de prender personas, abrir monasterios, romper bóvedas de muertos». Después de una década de interrogatorios y sentencias Antonio Pérez logró escapar del laberinto mortal en el que estaba recluido en Madrid. En cambio, no consiguió romper las cadenas de la servidumbre a los monarcas terrenales. Las cortes reales de Inglaterra y Francia fueron los es-

25 Cfr. Antonio Pérez, *Relaciones y cartas*, ed. Alfredo Alvar Ezquerria, Madrid, 1986, I, 92-3. Sobre la utilización de esta divisa por Antonio Pérez en la corte inglesa vid. Bermúdez de Castro, *Antonio Pérez*, Madrid, 1986, 105. Otras noticias sobre la empresa en Gregorio Marañón, *Antonio Pérez*, Madrid, 1948, I, 21 y 401.

cenarios de nuevos laberintos que el Minotauro hablador tuvo que recorrer con menguante fortuna, quedando atrapado en sus intrincados corredores.

La imagen del Minotauro parlante podía servir como amenaza explícita a un superior pero estaba en la antítesis del comportamiento esperado de un secretario, cuyo cometido básico consistía en velar por que nadie conociese los pensamientos y hechos reservados de su señor. Naturalmente el secreto y la discreción eran cualidades imprescindibles de un buen secretario²⁶. La empresa de Gonzalo Pérez contribuyó de forma decisiva a asociar la imagen del secretario perfecto con la figura del Minotauro silencioso tal y como se puso de relieve en los tratados de las primeras décadas del siglo XVII, entre los que se pueden destacar *Dirección de Secretarios de Señores* (Madrid, 1613) y *Secretario y Consejero de Señores y Ministros* (Madrid, 1645), ambos escritos por Gabriel Pérez del Barrio Angulo. La primera obra se inicia con una empresa de un Minotauro silente acompañada del lema *Labore et Silentio fortuna vincit*. En la segunda obra citada se representa una empresa más sobrecargada y compleja pero en la que se asoma el Minotauro silente símbolo del secreto. Resulta significativo que en este último tratado titulado *Secretario y Consejero* se publicasen las instrucciones manuscritas de Juan de Vega y del conde de Portalegre a sus hijos Hernando de Vega y Diego de Silva para gobernarse en la corte, uno de los principales manuales de cortesanos que circulaba en la corte de Felipe II²⁷.

A principios del siglo XVII la misma fortuna que tiene el Minotauro en el género del perfecto secretario la comparte la imagen del laberinto como símbolo de la corte en la literatura áulica escrita en castellano. Hasta tal punto que Sebastián de Covarrubias reproduce en sus *Emblemas morales* (Madrid, 1610) la estampa de la empresa de Gonzalo Pérez aunque con una sustancial variación. En vez del Minotauro en el corazón del laberinto se encuentra un caballero ataviado con las galas de moda en la corte de Felipe III. Era la imagen del *entretenido Cortesano* que se arruina y enferma en sus pretensiones sin encontrar la salida del laberinto de Creta, poblado de tanta diversidad de monstruos «tan feroces, y tan carniceros, que todo lo tragan y consumen»²⁸. Pero quien desarrolló hasta sus últimas consecuencias la equiparación de la corte con el laberinto dentro de una propuesta original de comportamiento cortesano fue el tratadista napolitano Julio Antonio Brancalasso en su obra *Labirinto de Corte. Con los diez predicamentos de Cortesanos. Dos libros (...) en los quales se dan diferentes modos de salir felizmente del Labirinto...* (Nápoles, 1609). Brancalasso, que

26 Sirva como ejemplo Antonio de Torquemada, *Manual de escribientes en Obras Completas*. Ed. Lina Rodríguez Cacho, Madrid, 1994, 19-20.

27 Gabriel Pérez del Barrio Angulo, *Secretario y Consejero de Señores y Ministros*, Madrid: Francisco García de Arroyo, 1645, ff. 285-95.

28 Sebastián de Covarrubias, *Emblemas morales*, Madrid, 1610, f. 31, Centuria I, Emblema 31.

escribe su tratado en castellano, comienza su obra advirtiéndole que había frecuentado la corte de Felipe II desde 1589 y también la de su hijo Felipe III. Su experiencia curial le permitió atreverse a precisar los rasgos del perfil cambiante del Minotauro. En primera instancia el Minotauro representa a la privanza que se esconde dentro del laberinto y despedaza, destruye y traga a los que se aventuran en sus corredores. Pero el Minotauro simboliza también algunos sentimientos de angustia, como los remordimientos de conciencia, la cautela ante tantas privanzas desastradas o el temor creciente por la acumulación de desaires hechos a otros pretendientes rivales que esperan la ocasión propicia para vengarse de las afrentas recibidas. Incluso Séneca, el privado del emperador Nerón que dio tantos preceptos y modos de vivir, no pudo escapar del laberinto y fue tragado por el Minotauro aunque con dulzura, permitiéndole cortarse las venas. Brancalasso indica en qué consiste salir felizmente del laberinto: conservarse el privado en el valimiento hasta su muerte grangeándose la benevolencia del rey de forma vitalicia. La salida del laberinto existe, pues según el tratadista napolitano se encuentran ejemplos en la historia reciente de cortesanos que han encontrado el hilo para matar al Minotauro. La mejor muestra de ello, a juicio de Brancalasso, fue la trayectoria áulica de Ruy Gómez de Silva, «Aristóteles de las Cortes, Norte de Privados, y dechado de los que siguen el real servicio». De la vida y elevación del príncipe de Éboli se pueden extraer las reglas para triunfar en la corte y salir del laberinto. Brancalasso enumera doce preceptos que permitieron a Éboli morir gozando de la privanza de Felipe II, entre los que se encuentran la capacidad de simular menos talento y poder del que realmente tenía, el ascenso escalonado y gradual del propio Éboli y de su facción en honores y rentas evitando subidas bruscas que desatasen la animosidad de los cortesanos, la audiencia constante y benigna, y la tendencia a distribuir las mercedes regias entre diversos grupos y no sólo en el suyo. En definitiva, Brancalasso presenta a Ruy Gómez de Silva como espejo de privados discretos y prudentes capaces de encontrar el hilo para salir del laberinto²⁹. El interés se desplaza de la imagen del labe-

29 Iulio Antonio Brancalasso, *Labirinto de Corte. Con los diez predicamentos de Cortesanos*, Nápoles: Juan Bautista Gargano y Lucrecio Nucci, 1609, 14-7; 62-3; y 78-95. Sobre Éboli vid. J. M. Boyden, *The Courtier and the King: Ruy Gómez de Silva, Philip II and the Court of Spain*, Berkeley, 1995. En la obra de Brancalasso se presenta una imagen ideal de la privanza de Éboli, sin ninguna alusión al declive del poder de Ruy Gómez de Silva a partir de 1565 coincidiendo con el ascenso de Diego de Espinosa y con el paulatino cambio de la política regia con respecto a los Países Bajos, si bien en los últimos años de su vida Éboli logró una cierta rehabilitación de su posición en la corte. Otros tratadistas que escribieron sobre la vida de corte dieron una imagen más matizada de la privanza de Éboli como Francisco Vermudez de Pedraza en *Hospital Real de la Corte Madrid*, 1644, ff. 167-8, aunque coincide con Brancalasso en resaltar la muerte tranquila del privado: «A Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Melito, valido de Felipe II, le valio el Reyno de los Cielos la limosna. Retirose de Palacio, cansado de pelear con la emulación, y la embidia de la Corte; pero duró poco su retiro en Pastrana, porque el Rey que necesitava

rinto a la búsqueda del hilo, preocupación que deja su impronta en la tratadística áulica de todo el siglo XVII. Como plantea Cosme Gómez Tejada de los Reyes en *El filósofo: ocupación de nobles y discretos contra la cortesana ociosidad* (Madrid, 1650) «aunque las Cortes, o Palacios de los Reyes parezcan laberintos, seguro puedes entrar en no perderte armado de virtud, y siguiendo el hilo de oro de la razón»³⁰.

2. EL HILO DE LA DISCRECIÓN

La única forma de matar al Minotauro y salir del laberinto de la corte consiste en seguir el hilo de Ariadna, a fin de no fallecer atrapado en los infinitos corredores del laberinto. La primera incógnita que se plantea radica en desvelar qué simboliza el tanpreciado hilo. Juan Pérez de Moya ofreció una primera pista cuando advirtió que Teseo representaba al hombre que logra salir del laberinto del mundo al seguir el hilo del conocimiento de sí mismo. Partiendo de este conocimiento de uno mismo se puede llegar a vencer el Minotauro de las propias pasiones. El examen de uno mismo era uno de los pilares de la teología moral y servía de punto de partida para una reflexión sobre la naturaleza del alma humana, los vicios y las virtudes, el pecado, la culpa, el bien y el mal. Por tanto, esta operación evocaba el ciclo de la penitencia y la redención, tan vinculado a las aportaciones dogmáticas de la teología bajomedieval católica. Asimismo, la recepción cristiana de las categorías socráticas del *Nosce te ipsum* permitían a los escritores del siglo XVI servirse de unas autoridades que incluían tanto a doctores de la iglesia como a *filósofos* de la Antigüedad³¹. El saber áulico adoptó el principio del *Nosce te ipsum* como pilar primordial de su cosmovisión, aunque alterando en grado variable sus implicaciones teológicas y filosóficas. Al comenzar el tratado primero sobre el *regimiento de sí mismo* en *El Regidor o Ciudadano* (edición de Salamanca, 1578) Joan Costa se ocupa del conocimiento de sí mismo como plataforma para reflexionar en sucesivos diálogos sobre las virtudes de la templanza, la fortaleza, la prudencia y la justicia. A juicio de Costa

de su presencia, le mando bolver a su servicio. Escrivirole, era dañosa su ausencia, para el buen despacho, y de gran soledad para él; prueba, la mayor de un buen privado, porque es prueba de su buena intención, y atención al buen gobierno. Al fin bolvió a Madrid, y murió en el Hospital Real de la Corte: pero murió bien». Incluso Vermúdez de Pedraça refiere como se apareció el alma de Éboli en una cueva a su amiga Catalina de Cardona, la «primera cortesana Anacoreta Española», anunciándole que estaba en el purgatorio. Sobre esta aparición Pedraça remite a la *Historia general de la Reforma* del carmelita fray Francisco de Santa María.

30 Cosme Gómez Tejada de los Reyes, *El filósofo: ocupación de nobles y discretos contra la cortesana ociosidad*, Madrid: por Domingo García y Morvás, a costa de Santiago Martín Vellaz, 1650, f. 104.

31 José Antonio Maravall, «La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media española», en id., *Estudios de historia del pensamiento español*, I, Madrid, 1983, 271-5.

hay tres cosas que perfeccionan al hombre curioso: la virtud, la experiencia que le vuelve avisado y la ciencia que le hace discreto. Avisado y discreto son los rasgos que definen al cortesano a principios del siglo XVII, si bien algunos tratadistas áulicos pusieron en cuestión que la discreción se adquiriese leyendo libros. En todo caso, a través del conocimiento de uno mismo Costa y otros autores se adentraban en el ámbito de los polémicos fundamentos de la ética cortesana. No en vano *El Regidor* «es obra digna de qualquier buen entendimiento y cortesano Christiano» según Juan López de Hoyos. Los saberes áulico-cristianos utilizaban la referencia al conocimiento de uno mismo para articular sus propuestas de gobierno ético de la persona e incluso una compleja filosofía moral. La emblemática del siglo XVI difundió el principio del *Nosce te ipsum* en empresas y emblemas moralizados.

Las implicaciones éticas de la «ciencia del conocimiento de sí mismo» para encontrar la salida del laberinto se ponen de relieve en una obra dirigida a predicadores y confesores, *Primera parte del conocimiento de sí mismo, utilíssimo tratado para todo género de estados* (Madrid, 1606). Su autor, el trinitario fray Antonio Navarro advierte cuán dificultosa era la *ciencia* del conocimiento de uno mismo y reitera algunas nociones sobre la soberbia, la hipocresía, el pecado y la humildad como medio para lograr «la victoria de sí mismo». Tras diversas glosas de fragmentos de Séneca, Boecio y la escuela estoica Navarro enfatiza en el capítulo XVI «Como la perfecta prudencia consiste en conocerse a sí mismo». Desde esta perspectiva el fraile trinitario indica que «quien es ignorante de la ciencia de sí mismo, es impossible sea verdadero prudente, ni que more en el la discreción perfecta, porque prudencia sin este conocimiento es verdadera imprudencia». Navarro distingue entre la virtud cardinal de la prudencia argumentada por Santo Tomás y la *prudencia impropia*, que a su vez está dividida en tres. En primer lugar, existe una prudencia *mala y falsa* propia de los astutos lobos que está orientada a un *mal fin* que se pretende conseguir utilizando medios astutos y cabilosos³². Una segunda prudencia impropia se relacionaba con la industria y la *sagacidad* propia del trato secular y mundano. Por último, otra prudencia impropia serían aquellos consejos buenos para la vida temporal pero no para la vida del alma. Tras referir el tópico de las partes que componen la prudencia (conocimiento de lo pasado, examen de lo presente y previsión de lo futuro) Navarro relaciona el segundo elemento de la prudencia con la discreción. «El segundo oficio de la prudencia es ordenar, y gobernar las cosas presentes, exercitándolas con discreción, que es madre de todas las virtudes conforme

32 Aristóteles indica que la prudencia debe ir acompañada de la facultad de la destreza en el momento de actuar. El fin bueno distingue al prudente del astuto, que sigue el fin malo. Según Aristóteles “no es posible ser bueno en sentido estricto sin prudencia, ni prudente sin virtud moral”. Cfr. Libro VI de la *Ética Nicomáquea*, introd. de Emilio Lledó, Madrid, 1988, 286-7.

el dicho de un texto Canónico, y de una Clementina: y sirve esta discreción de que el hombre discierna lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, y lo lícito de lo ilícito». Por tanto, el trinitario utiliza un concepto de discreción identificado con el discernimiento moral, definición controvertida en aquellos tiempos. Por lo demás, Navarro concibe la prudencia como la virtud que permite al cristiano desenvolverse entre los riesgos del mundo: «El que tiene esta virtud, no es engañado, ni engaña, porque es prudente como serpiente para no ser engañado, y simple como paloma para no engañar»³³. El peregrinaje del alma por los corredores del laberinto del mundo nos lleva al debate sobre la prudencia política y la discreción. Del principio cristianizado del *Nosce te ipsum* se pasa a la polémica sobre el arquetipo del cortesano discreto. «Comience por sí mismo el Discreto a saber, sabiéndose». A mediados del siglo XVII Baltasar Gracián partiendo del conocimiento de uno mismo articuló una «razón de estado de ti mismo» descifrada en unas reglas de discreción³⁴.

Durante el siglo XVI aquellos que cogieron una pluma para escribir en castellano algunos principios del arte áulico nos ofrecen multitud de preceptos teóricos y prácticos orientados a sobrevivir en la navegación cortesana. Con todo, entre la maraña de avisos, ejemplos y advertencias para actuar en casos particulares la mayoría de los escritores áulicos comparte el reconocimiento de la preeminencia rectora de dos valores básicos para el *gobierno de uno mismo* en la corte de los reyes: la prudencia áulica y la discreción. La prudencia se compone de memoria de las cosas pasadas, entendimiento de las presentes y previsión de las futuras³⁵. La relevancia práctica de la memoria de los hechos y dichos del pasado justifica la importancia que se concede a la lectura y reflexión sobre la historia política en la formación del cortesano. Para Fadrique Furió Ceriol los consejeros del príncipe deben conocer la historia porque es «retrato de la vida humana, dechado de las costumbres y humores de los hombres, memorial de todos los negocios, experiencia cierta e infalible de las humanas acciones, consejero prudente y fiel en cualquier duda, maestra en la paz, general en la guerra,

33 Op. cit., Madrid: Juan de la Cuesta, 1606, ff. 122-7. La censura está fechada en 1601.

34 A este respecto véanse los primeros primero y noveno de *El Héroe*, ed. cit., 9-10 y 23-4; *El Discreto*, Huesca: Juan Nogués, 1646; Emilio Blanco, ed. cit., II, capítulo I, 103; y los aforismos LXXXIX: Comprensión de sí, y CCXXV: Conocer su defecto rey, del *Oraculo Manual y Arte de Prudencia*, Huesca: Juan Nogués, 1647. Ed. Emilio Blanco, ed. cit., II, 225 y 277.

35 Una perspectiva de algunos de los tópicos compartidos sobre la prudencia en Joan Costa, *Gobierno del Ciudadano*, Zaragoza: Joan de Altarach, tercera edición corregida y aumentada, 1584, 237-271; y en la literatura áulica napolitana, Carlos José Hernando Sánchez, «Virrey, Corte y Monarquía. Itinerarios del poder en Nápoles bajo Felipe II» en Luis Ribot García y Ernest Belenguer (coords.), *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, vol. III: *El área del Mediterráneo*, Madrid, 1998, 385-6.

norte en la mar, puerto y descanso para toda suerte de hombres»³⁶. Sobre el particular de cuales historiadores resultaban más idóneos para la educación práctica del cortesano Juan de Silva, conde de Portalegre, no duda en recomendar a su hijo a «Cornelio Tácito que es el más útil para los que andan en la Corte porque os la hará conocer disfraçada en qualquiera hávito»³⁷. De esta manera el tacitismo que se extiende entre la aristocracia castellana durante los últimos lustros del siglo XVI estaba vinculado de forma manifiesta a la centralidad de la prudencia y la relevancia que ésta otorgaba a la *política historial*³⁸. Pero no sólo interesaban los historiadores griegos y latinos sino también la glosa de los dichos y hechos de las cortes de los monarcas del siglo, como los Reyes Católicos, Carlos V o el propio Felipe II. Así, el extremeño Luis Zapata escribió su *Varia Historia* o *Miscellánea* entre 1583 y 1595 recogiendo anécdotas de la vida de corte durante los años en que sirvió en la casa de Felipe y que también en parte le contaría su padre el comendador Zapata, gentilhomme del emperador Carlos V. El desafortunado Zapata, quien también cultivó el género de los emblemas a imitación de Alciato, extrae de los dichos y hechos de decenas de cortesanos sentencias aleccionadoras sobre la prudencia, la discreción, la ingratitud, la crianza, la cortesía, la disimulación, el desengaño, la amistad, el hado y el desfavor. Por su obra desfilan aristócratas y ministros como Álvaro de Sande, García de Toledo, el marqués del Vasto, el conde de Barajas, el duque de Alba, el conde de Chincón, el Almirante de Castilla, Francisco de los Cobos, Luis de Ávila, Francisco de Eraso y Álvaro de Bazán entre los más notorios, pero también otros menos conocidos como Francisco de Toledo y Diego de Pimentel cuya trágica muerte en el canal de la Mancha durante la empresa de Inglaterra permite a Zapata ilustrar el código de la amistad hasta sus últimos extremos. Con las teselas de cientos de anécdotas de cortesanos de su siglo Zapata compone un mosaico de valores áulicos empleando un método inductivo que contrasta con la articulación teorizante, retórica y abstracta de otros tratadistas de la corte. Así, el modo de vida de los cortesanos eminentes constituye el mejor manual y espejo para gobernarse en la corte. Se parte de la certeza de que algunos cortesanos fueron ciencia viva, instrucción práctica de los arcanos del arte áulica. Sus hechos y dichos alumbraron el siglo pero la muerte y el olvido forcejean para borrar su estela. La *Varia Historia* de Zapata se dedica a revivir el instante fugaz, los ecos de una tradición oral que surge del efecto provocado por un hecho o dicho mínimo que se engrandece al ilustrar la vida de corte y sus valores. La anécdota,

36 Fadrique Furió Ceriol, op. cit., 34.

37 *Instrucciones de Juan de Vega y del conde de Portalegre a sus hijos para gobernarse en la Corte*, Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 954, f. 51.

38 A este respecto me permito citar Antonio Álvarez-Ossorio Alvarino, «El cortesano discreto: itinerario de una ciencia áulica (ss. XVI-XVII)», *Historia Social*, 28 (1997), 89-90.

la circunstancia o la persona se convierten en arquetipo. «La discreción y prudencia de don Per Afán de Ribera duque de Alcalá virrey de Nápoles fue como el claro sol en toda la tierra clara»³⁹.

Otros autores concentraron su interés recopilatorio exclusivamente en los dichos de los cortesanos erigiendo un monumento a la agudeza y el ingenio en el que colaboran con atribuciones más o menos veraces desde eclesiásticos hasta reyes, caballeros, capitanes, pajes y bufones españoles. Dentro de esta corriente de recopilación de dichos ingeniosos se puede destacar la *Floresta Española de Apothegmas o Sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos Españoles* (Toledo, 1574) de Melchor de Santa Cruz, con decenas de reediciones en los siglos sucesivos, y *Las Seiscientas Apothegmas* (Toledo, 1596) de Juan Rufo, aunque en esta última obra fuese el propio autor la fuente inagotable de motes, donaires, facecias y gracias, ordenadas y clasificadas metódicamente por Baltasar Gracián medio siglo después en *Agudeza y arte de ingenio* (Madrid, 1642). Más allá de la relevancia que tengan los dichos ingeniosos en el arte de la conversación cortesana y en el *habla discreta de palacio* conviene subrayar que tanto la recopilación de hechos y dichos de los cortesanos como las historias de los escritores antiguos sirven al fin compartido de aleccionar al cortesano con la memoria de la experiencia de los pasados. Por tanto, la historia antigua y moderna se constituye en uno de los pilares de la prudencia. Junto a la interpretación clasicista de la historia como maestra de la vida también la tratadística sobre el consejo y los consejeros y, en consecuencia, sobre el secreto, estaba íntimamente ligada a la noción de prudencia política.

El concepto de prudencia, aun estando anclado en su formulación aristotélica y su ubicación como guía de las virtudes morales, experimentó durante el siglo XVI un mayor énfasis en su adecuación a los principios *políticos* de la razón de estado⁴⁰. Al finalizar la centuria la concepción neoestoica de la prudencia política intentaba encontrar un punto de encuentro operativo entre el radicalismo instrumental de algunos *políticos* franceses y la tentación idealista de los teóricos del buen gobierno cristiano⁴¹. La polémica sobre la prudencia concebida como

39 Luis Zapata, *Miscellanea (Varia Historia)*, vol. I, ed. facsímil del manuscrito por M. Terrón Albarrán, Badajoz, 1983, ff. 38 y 160.

40 Entre otros, Chiara Continisio, «La *politia* aristotelica: un modello per la convivenza ordinata nella trattatistica politica italiana dell'Antico Regime», en Chiara Continisio (ed.), *Saperi politici e forma del vivere nell'Europa d'Antico Regime*, Cheiron, 22 (1994), 149-65; Volker Sellin, *Politica*, Venecia 1993, ed. orig. Stuttgart, 1975; y A. Enzo Baldini (ed.), *Aristotelismo politico e ragion di stato*, Florencia, 1995.

41 Con respecto al debate sobre la prudencia y la disimulación y simulación del príncipe y los ministros véase José A. Fernández-Santamaría, *Razón de estado y política en el pensamiento español del barroco (1595-1640)*, Madrid, 1986; ed. orig. Boston, 1983, 81-117. Una interpretación de la disimulación como técnica de los opositores al poder establecido en Rosario Villari, *Elogio della dissimulazione. La lotta politica nel Seicento*, Bari, 1987, 25-9.

virtud y como instrumento de dominio dejó su impronta en la esfera áulica. En las culturas políticas del Antiguo Régimen existía un intenso paralelismo entre la esfera del macrocosmos del gobierno político de la monarquía y la esfera microcósmica del gobierno ético de la persona⁴². Por ejemplo, en el debate sobre el comportamiento y modo de vida del emperador Tiberio confluían diversas perspectivas, desde la dimensión ética y cortesana hasta la indagación sobre los principios de la razón de estado. En el ámbito hispano, sin distanciarse demasiado de los presupuestos aristotélicos, el letrado Diego García de Palacios al exponer una idea del perfecto capitán en sus *Diálogos militares* (México, 1583) le exige que sea prudente definiendo la prudencia como «una virtud por la qual se buscan los medios aprobados y acomodados para haber y conseguir qualquier fin que se pretenda», si bien estima que pueden existir «otras prudencias y partes della particulares que no se endereçan al fin universal de la vida humana, sino a otros fines, como es la Prudencia Económica, que se endereça al fin de una familia, y la Militar a la consecución de la victoria»⁴³. ¿Podía existir también una prudencia áulica orientada exclusivamente a elegir y ejecutar los medios más eficaces para medrar, alcanzar y conservar la privanza en la corte del príncipe? ¿Puede seguir siendo considerada una virtud esta prudencia áulica si admite la disimulación, la simulación, el fraude y la mentira? En el contexto de este debate moral tan vehemente en el ocaso del siglo XVI se sitúa el alumbramiento y definición de un nuevo concepto de la discreción cortesana.

El temor a ser devorado por el Minotauro extremaba el anhelo de los cortesanos por encontrar el hilo efectivo que les permitiese salir del laberinto. Sin duda la prudencia áulica se propuso como un norte moral de la navegación cortesana en el difícil itinerario de la política cristiana que a veces se acercaba a los bajos de la costa y otras se adentraba en exceso en altamar. Muchos aristócratas y ministros de las cortes europeas rindieron culto a Jano, *Dios de la prudencia*, con dos rostros, uno delante y otro detrás. «Con la cara detrás ha de mirar siempre lo passado, y con la de delante, lo que está por venir»⁴⁴. La adoración a Jano y el arriesgado ejercicio de la prudencia áulica (elección de medios convenien-

42 A este respecto cfr. los tratados de Joan Costa, *Gobierno del Ciudadano*, ed. cit., organizado en tres grandes apartados (Gobierno de uno mismo, gobierno de la casa y gobierno de la república) y Marco Antonio de Camos, *Microcosmia, y gobierno universal del hombre christiano, para todos los estados, y qualquiera de ellos*, Madrid: viuda de Alonso Gómez, 1595, quien añade la esfera de la monarquía eclesiástica.

43 Diego García de Palacios, *Dialogos Militares, de la formacion, e informacion de Personas, Instrumentos, y cosas necessarias para el buen uso de la Guerra*, (México: Pedro Ocharte, 1583), ff. 22-5. La división de la prudencia por su finalidad en prudencias *regnativa*, política, económica y militar la argumenta Tomás de Aquino en *Summa Theologica*, III, *Secunda Secundae*, Quaestio 50. Ed. Cura Fratrum eiusdem Ordinis, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1963, 330-4.

44 Joan Costa, op. cit., 245-6.

tes a un fin particular pero dentro del ámbito ético de la virtud) permitía afrontar las veleidades de la próspera y adversa fortuna. Seguir el hilo dorado aplicando los preceptos del arte áulica presentaba la ventaja de dar seguridad en un entorno inestable, optar por la certidumbre de una ciencia en vez de depender del capricho del tornadizo azar. La providencia humana daba más certeza y seguridad que confiar en la fortuna. Con todo, se puede advertir de manera por lo general sutil una rivalidad de devociones en los altares de la corte. El propio Gonzalo Pérez al dedicar su traducción de la *Odisea* al príncipe Felipe no se limita como era habitual entre los humanistas españoles e italianos a glosar la proverbial *prudencia de Ulysses* en sus arriesgados viajes tan afines a las azarosas navegaciones cortesanas sino que amplía de forma significativa las cualidades ideales de un marinero experimentado que sirviese de espejo a su príncipe. Según el secretario segoviano en la *Odisea* Homero «pinta a Ulyxes varón discreto y moral, prudente en los consejos, avisado en los peligros, sufrido en los trabajos, y que le saca y libra de todos ellos con el favor de su prudencia y de la diosa Minerva, que es la que favorece y guía a los sabios, y que en aquella obra, tratando de sus peregrinaciones y viajes, escribe muchas cosas, la que quitada la corteza que descubre muy grandes secretos»⁴⁵. Al navegante prudente por antonomasia se le añaden los atributos de discreto y avisado, destinados a caracterizar en las décadas venideras el arquetipo del cortesano. En los reinos hispanos la indiscutible superioridad del Jano bifronte comenzó a ser contestada durante el reinado de Felipe II por Apolo quien, además de ser dios de la poesía, de la música y de las artes, también simbolizaba la discreción. El tópico lo recoge Baltasar Gracián en una de las obras que tardíamente culminaron el giro del cortesano prudente al discreto. El jesuita aragonés afirmó en el primer primor de su tratado *El Discreto* (Huesca, 1646) que lo que era el sol al macrocosmos era el ingenio al microcosmos «y aun por ésto fingieron a Apolo dios de la discreción». Cuando el culto a Jano se tambaleaba tuvo lugar una profunda transformación de los valores del comportamiento áulico desde el arquetipo de Cortesano formulado por Baldassare Castiglione hasta la realidad del Discreto, adorador de Apolo.

El concepto de la discreción experimentó una larga evolución semántica desde los textos básicos de la patrística hasta la teología bajomedieval. Durante la polémica sobre el contenido del arquetipo del caballero que tuvo lugar durante el siglo XV algunos tratadistas precursores como Alfonso de Palencia propusieron que la discreción asumiese un papel destacado en el universo moral de la caballería, si bien ni el modelo de caballero letrado gozó de una adhesión mayoritaria por parte de la nobleza ni la noción de discreción iba más allá de una virtud moral identificada con una mezcla de discernimiento ético, cordura y

45 González Palencia, op. cit., I, 108-9.

educación letrada⁴⁶. Durante el reinado de Felipe II algunos preceptores utilizaron el concepto de discreción para proponer un código de conducta personal en un medio hostil regido por la emulación y por la subordinación a los superiores. En particular, a principios de la década de los setenta que fue tan decisiva en la configuración de un nuevo concepto de discreción fue publicado el tratado *El estudioso cortesano* (Valencia, 1573) de Lorenzo Palmireno. En las páginas iniciales que dirige al *benigno* lector Palmireno ofrece su definición abierta y plebeya del término *cortesano*: “Yo ymagino mi aldeano, que es venido a ciudad, y por haver mudado de assiento le llamo Cortesano: y no por pretender que tiene todo lo que el Conde don Balthasar de Castellón en su Cortesano enseña”. El humanista aragonés asocia las nociones de ciudad y cortesano, de cortesía y urbanidad. “Yo no enseño Theología, ni medicina, sino una cierta facilidad de tratar con la gente”. Ya no se dedica el autor a enumerar preceptos elementales de buena crianza o galateos para el rústico tal y como hizo en un apartado de su obra *El estudioso de la aldea* (Valencia, 1568 y 1571). Palmireno se adentra en los principios de la conversación civil, de la vida política entre las personas. “Una cierta facilidad de tratar con la gente” exige conocer los temas oportunos para comentar después de una comida, como por ejemplo glosar las empresas militares y amorosas de Paolo Giovio. Pero también se ocupa de ofrecer una guía de supervivencia en el mundo civil de la humana conversación. El estudiantes debe de ser a la vez cortesano y discreto. En el capítulo *Del estudioso discreto en sus*

46 Alfonso de Palencia, *Tratado de la perfección del triunfo militar*, ca. 1459, editado por Javier Durán Barceló, *De perfectione militaris triumphi. La Perfección del triunfo*, Salamanca, 1996, 132 y 148-61. Sobre los intentos de reformular el arquetipo nobiliario de caballero vid. Jesús D. Rodríguez Velasco, «El descubrimiento de la discreción», en Alan Deyermond y Ralph Penny (eds.), *Actas del I Congreso Anglo-Hispano*, II Madrid, 1994, 365-77. Habría que poner en relación estas polémicas ético-políticas que tuvieron lugar en Castilla con otros escenarios cortesanos europeos en los que también se replantearon las funciones de la nobleza, la formación letrada y el ideal de aristocracia virtuosa. Uno de los referentes más relevantes se encuentra en el reino de Nápoles durante la segunda mitad del siglo XV. En la corte de la dinastía aragonesa circularon varias obras que redefinían el concepto de *discretio* caracterizándolo como un ministro de la prudencia (vid. F. di Capua, «La teoria della `discretio`» en *Scritti minori*, Roma-París, 1959, II). En particular cabe destacar las obras sobre la prudencia y el príncipe del humanista Giovanni Pontano, quien ocupó los puestos supremos del gobierno político en la corte de Nápoles. Siguiendo su estela tuvo lugar una original reflexión sobre el modo de vida cortesano que alcanzó su cumbre en las obras de Diomedes Carafa y la posterior de Agostino Nifo (*De Re Avlica ad Phavsinam Libri Dvo*, Nápoles: Ioannis Antonius de Caneto, 1534). Estos planteamientos impregnaron la tratadística napolitana sobre la nobleza encabezada por Tristano Caracciolo, apologeta de la nobleza de armas y de la aristocracia del *Reame*. Belisario Acquaviva y Pietro Jacopo de Gennaro fueron los exponentes de una corriente aristocrática que continuó con profusión durante el siglo XVI. Sobre la tratadística en esta centuria véase Giovanni Muto, «I trattati napoletani cinquecenteschi in tema di nobiltà», en *Sapere e'è potere. Il caso bolognese a confronto*, vol. III, Angela de Benedictis (ed.), *Dalle discipline ai ruoli sociali*, Bolonia, 1990, 321-43; y Carlos José Hernando Sánchez, «La cultura nobiliaria en el virreinato de Nápoles durante el siglo XVI», *Historia Social*, 28 (1997), 95-112.

persecuciones Palmireno advierte de los peligros que acechan al estudiante cortesano que llega a la ciudad buscando honra y provecho y confiado en su virtud. “Como no hay sol sin sombra, assí no se halla virtud sin embidia: pero puede tanto la discreción, que todo lo vence”. La discreción convierte al estudiante en un nuevo Teseo, capaz de ascender desde un nacimiento plebeyo hasta la misma realeza y de imponerse con constancia e industria sobre el Minotauro de Creta. “Procurando tu hazer buena obra, a tus emulos harás que callen: o trabajando con gran habilidad, diligencia, y conciencia, quedarán vencidos”. Al igual que el secretario Gonzalo Pérez también Palmireno propone a Ulyses como arquetipo del discreto. “Homero a su Ulysses no le retrata tan osado como Aiace Telamonio, ni tan esforçado como Achilles, ni tan rico como Priamo, ni tan poderoso como Agamenón: pero hazelo sobre todos discreto, y paciente en sus trabajos. Desta prudencia y discreción parece que se valieron Rómulo, Cyro, y Theseo: pues el primero criado con leche de loba, el segundo con perra, el tercero bastardo echado al minotauro de Candia, con tan baxos principios, llegaron a ser Reyes”. En la tratadística comienzan a configurarse unos principios ético-políticos articulados en torno a la supremacía de la discreción, si bien el concepto todavía es hasta cierto punto ambiguo y permanece asociado a la parte práctica de la noción de la prudencia. Con todo, Palmireno al finalizar sus reflexiones sobre el estudiante cortesano le aconseja que aprenda los arcanos de la discreción en un arquetipo inequívoco, el embajador, maestro del nuevo arte. Así, en la civil conversación de la vida las personas son pretendientes o negociantes que deben seguir las pautas de un embajador discreto para lograr honra y provecho sin ser derribados por la envidia⁴⁷.

Ciertamente la discreción del embajador que Palmireno propone como modelo puede ser considerada una versión parcialmente contrapuesta al concepto de discreto que manejaban otros tratadistas que escribieron en aquellos lustros. Así, el franciscano Juan de Pineda en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* concluidos en torno al año 1589 equiparaba como tantos otros autores españoles e italianos la discreción con una parte de la prudencia, la cordura, que “es un hábito o virtud intelectual, y parte de la prudencia, con que proceden los hombres debidamente en todo lo que hacen; y podemos decir ser lo mismo que discreción, que viene desta palabra, discernir, que quiere decir apartar una cosa de otra haciendo diferencia entre ellas, dando a cada cual por cual es”. Pineda considera que “la cordura o discreción es la silla del saber”, vinculando por tanto la discreción a nociones como discernimiento, entendimiento y ciencia frente a lo que plantearon otros escritores del momento que tenían un concepto de dis-

47 Véase Lorenço Palmyreno, *El estudioso cortesano*, (Valencia: Ex Typographia Petri à Huete, 1573), 80-1, 178-81 y 202. Una perspectiva del humanista aragonés desde sus orígenes plebeyos hasta el magisterio en Valencia en Andrés Gallego Barnes, *Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579)*, Zaragoza, 1982.

creción más orientado al gobierno de las acciones y modo de proceder. La perspectiva de Pineda presenta un punto de paralelismo con la nueva corriente al asociar la discreción con la teoría de las circunstancias, pero se distancia definitivamente al dar por descontado que la discreción como la cordura es una virtud⁴⁸. Sin pretensión de exhaustividad la mayoría de los tratadistas que escribieron durante el reinado de Felipe II comparten un concepto de discreción anclado en la virtud de la prudencia. Sirva como otro exponente de este planteamiento el toledano Juan de Mora, autor de unos *Discursos morales* publicados en Madrid en 1589. En la portada de la obra se anuncia un contenido orientado a “cómo bivrán los hombres en las Repúblicas, y casas de Reyes, y grandes señores, sin ser mal quistos, o embidiados: no faltando a lo que es pulicia, y honra Christiana”. Al profundizar en cómo tiene que comportarse “el Cortesano en la Ciudad, o Corte, o casas de Reyes sin ser mal quisto ni embidiado” Mora evoca como arquetipo el *trato de Corte* de Micer Falcón *el Milanés* quien logró triunfar en la peligrosa corte de Roma contentando a todos con su virtud y sin que nadie murmurase de él. Tras ocuparse de las cortesías y de los riesgos de la amistad Juan de Mora recomienda a su cortesano distinguirse por su providencia: “Providencia humana es la que se puede llamar discreción, y discurso en las cosas humanas, y esta se puede mirar en tres maneras: una, que mira lo por venir; y en quanto a sabello con certidumbre, es sólo de Dios, más en lo de disponello, mirando lo passado y atendiendo lo presente, porque es cosa humana, y que se pueda hazer con el arbitrio y discreción será prudencia, o providencia que llamamos humana”⁴⁹. La incógnita de cómo sobrevivir en las casas de los monarcas y de los grandes señores sin abandonar los principios de la *pulicia* y de la honra cristiana suscitaba entre los cortesanos un desasosiego moral cotidiano en el que se alumbra el nuevo concepto de discreción. Aunque los términos de *cortesano discreto* se reiteraron en diversos tratados áulicos escritos en castellano durante el siglo XVI sólo asumieron un perfil claramente alternativo y contradictorio con la prudencia en la obra de Damasio de Frías y Balboa, titulada *Diálogo de la discreción*. Frías sirvió durante años como criado en la casa del Almirante de Castilla. Su cargo le obligaba a frecuentar la corte en compañía de su señor mientras que su afición a las letras le impulsó a escribir varios diálogos y a participar activamente en tertulias con diversos aristócratas en Valladolid,

48 Pineda considera que con la sal “se significa la discreción en cuanto como ella secando las carnes las conserva sin corrupción, así la discreción a los hombres, sin turbación ni descompostura de unos con otros, no queriendo alguno más de lo que fuere muy decente y bien circunstanciado a juicio de varón prudente” (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, ed. Juan Meseguer Fernández, tomo I, Madrid, 1963, 20-21). En este sentido la discreción se aproxima a los lindes del decoro y de una visión armónica de la conversación civil.

49 Juan de Mora, *Discursos morales*, (Madrid: Pedro Madrigal, 1589), 9-28 y 83.

ciudad donde residía. El 1 de junio de 1579 Damasio cogió la pluma y comenzó a escribir un nuevo diálogo que reflejaba en parte los argumentos vertidos en una hipotética conversación sostenida entre el autor y los condes de Monterrey y de Puñoenrostro a la salida de la iglesia de Nuestra Señora de Prado. El 6 de agosto acabó el *Diálogo de la discreción* que merece ser considerado como uno de los hitos de la tratadística áulica escrita en castellano. No parece que fuera casual la ciudad en la que salió a la luz la obra. Valladolid, corte de los reyes castellanos durante siglos, estaba siendo gradualmente eclipsada en su preeminencia socio-política por la pujante Madrid, donde la corte se había establecido desde 1561. Por tanto, Frías no escribe desde una corte real sino desde una corte señorial, la de los Enríquez, aunque se beneficia del sedimento de socialización cortesana que todavía impregnaba el ambiente vallisoletano y que reverdecería fugazmente entre 1601 y 1606, cuando los monarcas y su bullicioso séquito retornaron a la ribera del Pisuerga. Damasio de Frías era plenamente consciente de la rivalidad entre Valladolid y Madrid por convertirse en corte estable de la monarquía católica y por ello añadió al *Diálogo de la discreción* un encendido *Diálogo en alabanza de Valladolid* que intentaba demostrar la superioridad de su ciudad frente a la urbe del Manzanares. El momento parecía adecuado. Durante la década de los setenta algunos escritores habían defendido las excelencias de varias ciudades siendo Madrid ensalzada por el andaluz Fernán López Alfonso en sus *Coloquios Militares* escritos hacia 1571 y en los que se elogia el sitio de Madrid, el alcázar, las iglesias, sus barrios y calles⁵⁰. Valladolid, Sevilla, Madrid y Toledo competían soterradamente por atraer la corte real y un elogio de Valladolid era oportuno pues meses después Felipe II abandonó Madrid rumbo a Portugal. Por un momento el establecimiento de la corte pareció reversible si bien a la postre el regreso del monarca a Madrid tras su estancia en Lisboa acabase consolidando a la Villa Coronada frente al resto de sus rivales ibéricas.

Por tanto, Frías escribió su diálogo en una Valladolid que conjugaba la secular experiencia de la vida cortesana con el eclipse reciente y el anhelo de recuperar la presencia de los reyes. Encuadrado en este contexto de madurez y crisis de una sociabilidad de corte surgió la propuesta de situar a la discreción como eje de la vida cortesana. Según Frías aunque el obrar depende de la voluntad el cómo y el cuándo se actúa corresponde al entendimiento. Para Frías la discreción es un «hábito del entendimiento práctico mediante el qual obramos en las cosas agiles cuándo y cómo, dónde y con quién y con las demás circunstancias que debemos y este hábito como tan universal que es participan de él los demás hábitos morales y aún expeculativos». La discreción es una costumbre que se

50 El tratado de López Alfonso se puede fechar en torno a 1571. Véanse coloquios cuarto, quinto, sexto, noveno y décimo (BNM, ms. 5725, ff. 11-45).

adquiere por la experiencia de afrontar muchas situaciones y perfeccionada con el uso «aunque el fundamento de la discreción sea este yngenio o buena disposición de hábito natural»⁵¹. La discreción es un hábito activo superior y universalísimo que se ejercita «y muestra exteriormente en la ejecución y tracto de medios» y maneras adecuados para lograr un fin. Frías distingue el concepto de discreción de otros términos colindantes pertenecientes a un mismo campo semántico como la circunspección, el ingenio, el aviso, el entendimiento, el juicio, la elección, la voluntad e incluso la hermosura.

Pero la nueva formulación del significado de la discreción no adquiere su verdadera dimensión hasta que Frías expone las diferencias que existen entre la prudencia y la discreción, términos considerados sinónimos por numerosos tratadistas españoles e italianos. Adopta la definición aristotélica de la prudencia como recta y buena razón, y virtud gobernadora de las virtudes morales frente a aquellos teólogos que afirmaban que la prudencia no podía ser considerada virtud moral por fundarse sólo en el entendimiento mientras que el resto de las virtudes residían en la voluntad⁵². Según Frías la prudencia y la discreción coinciden en su interés por los medios, modos y maneras de las cosas «pero no con aquella generalidad, pues nunca la prudencia, como la que es tan alta y principal virtud, trata sino de aquellos medios que para bueno y virtuoso fin sean donde la discreción trata los medios y maneras para bien sino igualmente los que son para mal y en ésto bien mirado está su principal diferencia»⁵³. Por tanto, la discreción no siendo virtud puede hallarse en «muchos viciosos y destraydos hom-

51 El planteamiento de que la discreción se adquiere mediante la experiencia se contrapone a lo sostenido por Joan Costa quien aseguraba que «la experiencia nos buelve avisados; la experiencia, y sciencia nos haze discretos; y la virtud, sciencia, y experiencia, perfectos» (*Gobierno del Civdadano...*, ed. cit., 89). En los *Avisos de Discreción para acertadamente tratar negocios* (Barcelona: Sebastian Matheud, 1612, ff. 176-77) el dominico Blas Verdu rechaza abiertamente que la discreción se aprenda mediante la *sciencia*. Ni los estudios ni la lectura de libros hacen discreta a una persona. «No es possible parar tienda de discreciones, ni colgarlas a la percha como çapatos: vestidos son de ropas, que juntamente las cortan, cosen, y visten: y assí la dotrina y lugares comunes podran ser de muy antes estudiado: pero las circuns-tancias miran lo presente, y piden deliberación, que no se halla en particular en los libros. Por esso dixo bien quien dixo, que los estudios y sciencias hazen los hombres doctos, y la experiencia discretos». Damasio de Frías insiste en esta idea en varias partes de su diálogo pues considera que la *sciencia* es un hábito especulativo mientras que la discreción se ocupa de *cosas agibles*. El ingenio y el entendimiento hacen al hombre docto y sabio pero no discreto, pudiendo ser los sabios muy torpes en las cosas agibles.

52 Sobre esta controversia teológica véase Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, *Secunda Secundae*, Quaestio 47: *De prudentia secundum se*, Articulus 4: *Utrum prudentia sit virtus*, ed. cit., 308. Santo Tomás consideraba virtud cardinal a la prudencia.

53 A diferencia del trinitario Antonio Navarro ya citado, en su diálogo Damasio de Frías no menciona ninguno de los tipos de la *prudencia impropia* que lindan con los conceptos de *astucia* y *sagacidad*. Sin embargo en el campo semántico del concepto de prudencia política existe una tensión que explica las censuras morales contra aquella prudencia que se situaba al borde del vicio (la cautela y el engaño), es decir, que dejaba de ser virtud para convertirse en arte.

bres». Frías lleva hasta sus últimas consecuencias el proceso de separación de la discreción del resto de las virtudes morales entre las que reina la prudencia al advertir una superioridad de *orden* de la discreción sobre la prudencia. «Assí que todo prudente participar tiene de discreción como de hábito superior (llamo superior en orden pero no en dignidad) pero no al revés todo discreto será prudente»⁵⁴. Apolo y Jano no sólo son distintos sino que la diosa Discreción reclama cierta esfera de superioridad sobre la diosa Prudencia. La discreción abandona el reino de las virtudes para triunfar en el palacio y en la corte. ¿Hasta qué punto la noción de discreción se impuso a la prudencia en las décadas sucesivas como forma de caracterizar el arquetipo del cortesano?

Conviene advertir que los escritores castellanos por lo general no adoptaron de forma explícita una formulación tan radical del concepto de discreción que propuso Frías, situándola más allá incluso de la política cristiana. Con todo, existía una consciencia de que la noción de discreción se situaba en un arriesgado territorio fronterizo más allá de los ambiguos límites de la prudencia política. A la altura de 1611 Sebastián de Covarrubias identificaba en su *Tesoro de la lengua castellana o española* al cortesano con el discreto «porque se presume que los tales (cortesanos) son muy discretos y avisados»⁵⁵. En la tratadística de las primeras décadas del siglo XVII imperaba un eclecticismo precavido que rehuía afrontar las consecuencias últimas de una contraposición entre prudencia y discreción. Al igual que en Italia predominaba en los círculos letrados hispanos

54 Para todas las citas antecedentes del diálogo véase Damasio de Frías y Balboa, *Diálogo de la discreción*, en *Diálogos de diferentes materias* (BNM, ms. 1172, ff. 9, 15-8 y 21-5). Hay una edición moderna de los *Diálogos* (Madrid, 1929) con introducción de Francisco Rodríguez Marín.

55 Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid: Luis Sánchez, 1611. Ed. de Martín de Riquer Barcelona, 1987, 364. Pero según Covarrubias el discreto era «el hombre cuerdo y de buen seso, que sabe ponderar las cosas y dar a cada una su lugar» y la discreción «la cosa dicha o hecha con buen seso». En el *Diccionario de la lengua castellana*, tomo III, Madrid: Imprenta de la Real Academia Española: por la viuda de Francisco del Hierro, 1732, 297-8, se percibe un giro semántico del concepto de discreción desde la cordura que planteaba Covarrubias al *gobierno de las acciones y modo de proceder*. La discreción se definía como «Prudencia, juicio y conocimiento con que se distinguen y reconocen las cosas como son, y sirve para el gobierno de las acciones y modo de proceder, eligiendo las más a propósito». Una segunda acepción recogida de la discreción era «agudeza de ingenio, abundancia y fecundidad en la explicación, adornada de dichos oportunos, entretenidos y gustosos». Por *discreto* se entiende en primer lugar el «cuerdo y de buen juicio que sabe ponderar y discernir las cosas, y darle a cada una su lugar», definición que prácticamente repite la de Covarrubias. También se detallan otras dos acepciones: «el que es agudo y elocuente, que discurre bien en lo que habla o escribe», así como «Se extiende figuradamente a las acciones, hechos u dichos con prudencia, oportunidad o agudeza». Discretamente era definido como «Prudente y juiciosamente, con ingenio y agudeza». Aparecía también el término *discretar* aplicado al arte de conversación: «Hablar discretamente, usar en la conversación oportunamente de los chistes, agudezas, sales, equívocos y conceptos». Dejo para otra ocasión un análisis más detenido del concepto de discreción en la tratadística áulico-política escrita en castellano durante los siglos XVII y XVIII.

una cierta ambigüedad semántica del concepto de discreción que según los autores equivalía a prudencia (o a una de sus partes), entendimiento, discernimiento, juicio, *sindéresis*, cordura, agudeza de ingenio, sagacidad e incluso cautela. En particular estaba muy extendido el uso del término *discreción* aplicado al arte de la conversación, sobre todo al *habla discreta de palacio* con sus juegos de agudeza de ingenio y profusión de *conceptos, definiciones, correspondencias* y equívocos⁵⁶. Aunque fueran divergentes los significados retórico y ético-político de la discreción compartían un mismo espacio ideal, el palacio o la corte de un superior. Baltasar Gracián asumió el doble reto de proponer un ideal de *Discreto* para el gobierno de las personas y de estudiar las variedades del *discreto* ingenio partiendo de la consideración de que «la agudeza, si no reina, merece conreinar»⁵⁷. Entre las obras sobre la discreción durante los primeros años del siglo XVII merece destacarse los *Avisos de Discreción, para acertadamente tratar negocios* (Barcelona, 1612) del dominico Blas Verdú. El fraile comienza su obrita distinguiendo entre discreción y gracia. La discreción se aplica a las circunstancias tal y como proponía Frías, indicando Verdú que «siete son las circunstancias, que dan discreción: la primera es *Quis?* que quiere dezir quién? la segunda es *Quid?* que nota el efecto que hazes: la tercera *Vbi?* que señala el lugar: la quarta, *Quibus auxilijs?* que quiere dezir, con que instrumentos y medios; la quinta, *Cur?* que advierte y pondera el fin: la sexta, *Quomodo?* que quiere dezir, con que modo: la última, *Quando?* que señala el tiempo»⁵⁸. El examen de las circunstancias era habitual en la teología moral y como medio para valorar si el ejercicio de una virtud cumplía los criterios de templanza, medianía y proporción. Del ámbito de las virtudes estas nociones pasaron al gobierno de las acciones de las personas y al modo de proceder de los discretos para adelantarse en sus negociaciones⁵⁹. Verdú aconseja al discreto partir del *quién* de acuerdo con el imperativo del conocimiento de sí mismo: «Mira pues quien eres, si noble, si de humilde solar, si natural, si extranjero, si letrado, si tenido en buena possession, o no. Si eres noble, natural, letrado, y de buen nombre, mucho tienes andado en

56 Véase el clásico estudio de Ramón Menéndez Pidal, «La lengua castellana en el siglo XVII» (he utilizado la edición de Madrid, 1991), 182-90.

57 Primor III, *El Héroe*, ed. cit., 13. Me refiero obviamente a *Agudeza y Arte de Ingenio*, Huesca: Juan Nogués, 1648.

58 Op. cit., incluida en el tratado *Engaños y desengaños del tiempo*, Barcelona: Sebastian Matheud, 1612, f. 154.

59 Sobre la relevancia de las circunstancias en el discurso político y moral sobre las virtudes me permito citar los límites que se trataban de imponer a la liberalidad regia a través de las circunstancias de *quién, a quién, por qué, cuándo, dónde, cómo y para qué*. Cfr. Antonio Álvarez-Ossorio Alvaríño, «El favor real: liberalidad del príncipe y jerarquía de la república (1665-1700)» en Chiara Continisio y Cesare Mozzarelli (eds.), *Repubblica e virtù. Pensiero politico e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo*, Roma, 1995, 393-453.

una pretensión». El *quién* gradúa la presentación del discreto en la sociedad jerarquizada determinando el escenario de la negociación y la conducta a adoptar ante los superiores e inferiores como indicaba Frías. Tras repasar una a una las circunstancias Verdú se detiene en particular en el *cur*, que es la primera y el norte de las otras, y en el *quomodo*. «El buen modo es oro con que doramos amargas píndolas, haze lo amargo dulce, y el mal modo lo dulce amargo. Este modo es discreción de la discreción, y sal de la sal, y prudencia de la prudencia»⁶⁰.

El mismo sedimento cultural y vital que permitió a Damasio de Frías plantear una inversión de valores lo podían utilizar otros hombres de letras para poner de manifiesto un conflicto mental que flotaba en el ambiente de las cortes. No parecen existir pruebas de que el jesuita aragonés Baltasar Gracián conociese los diálogos manuscritos de Damasio de Frías. Pero tomando como punto de partida los materiales compartidos de la literatura áulica (desde *El Cortesano* de Castiglione hasta los galateos) Gracián elaboró una propuesta ética y política en torno al concepto de *El Discreto* que, con las obligadas prevenciones ante la censura eclesiástica y un precavido hermetismo semántico, supuso una fractura decisiva de la filosofía moral y de los valores públicamente defendidos para regir el universo ético del *gobierno de uno mismo*⁶¹. El pensamiento de Gracián tuvo una amplia difusión en la Europa letrada de su tiempo a través de versiones de sus obras y de traducciones prolijamente comentadas donde se superaban con rotundidad las cautas insinuaciones del jesuita. Las opiniones de Frías y de Gracián sobre la discreción no eran las mismas pero ambos coincidían en articular en torno al *discreto* un nuevo universo mental con diferentes derivaciones. Resulta significativo que por el hecho de que Gracián escribiese sus obras a mediados del siglo XVII, durante las dos décadas cruciales de la monarquía tras la crisis de 1640, se le asociase posteriormente con los teóricos morales de la tan manida *decadencia* mientras que Frías ya planteó su propuesta de *discreto* pocos meses antes de la conquista de Portugal y de la anexión de su imperio ultramarino a la monarquía católica de España periodo que, aunque no fuese necesariamente vivido con alegría o euforia por toda la nobleza castellana, sí se puede considerar bien distinto a la percepción que comenzó a conformarse tras los sucesivos tropiezos militares de la monarquía. Así, los años de 1579 y 1640 aparecen entrelazados por el discurso de la discreción, ciñendo décadas de po-

60 Op. cit., ff. 155 y 178.

61 Véase Furio Semerari, *La fine della virtù. Gracián, La Rochefoucauld, La Bruyère*, Bari, 1993, aunque Semerari no demuestra la rotunda afirmación del título de su estudio al carecer de una mínima perspectiva semántica de los conceptos de *virtud* que aparecían en las obras impresas de la segunda mitad del siglo XVII, marco social y cultural que Semerari parece desconocer.

lémicas sobre el desengaño, las oportunidades y límites de la política cristiana y las cualidades necesarias para el cortesano⁶².

Incluso la misma imagen de Felipe II podía verse afectada por esta contraposición entre discreción y prudencia. Tras plantear la disparidad de fines de la discreción y la prudencia Damasio de Frías ilustra la cuestión con un delicado caso práctico muy polémico a la altura de mediados de 1579, la *empresa de Portugal*. «Como si agora el Rey nuestro Señor entrasse en consejo consigo mismo y en su entendimiento sobre la determinación de un negocio tan grave y digno de consideración como éste de Portugal, hecho su discurso, luego que se resolviese en que lo mejor y más combeniente era llevarlo por medio de paz, ésta sería la conclusión de su juycio, pero en poner por obra los medios que una vez hubiesse imaginado para este propósito, se mostraría como en las demás cosas todas su mucha y gran discreción»⁶³. El debate jurídico, político y moral sobre la sucesión de Portugal había dividido a la opinión nobiliaria y estaba provocando dramáticos cambios en la correlación de fuerzas de las facciones en la corte⁶⁴. Más allá del dilema coyuntural Frías atribuía a su monarca la excelencia en la discreción caracterizándole como *Rey Discreto*. Quizá pensase Frías que en el trágico asunto de la muerte del príncipe don Carlos, al que dedicó unas octavas publicadas en Madrid, más que como soberano prudente Felipe II siguió las pautas del discreto. Al mismo tiempo que Frías escribía en Valladolid su diálogo sobre la discreción en la corte madrileña fue arrestado el secretario Antonio Pérez implicado en el asesinato de Escobedo. El Minotauro parlante se apresuró a insinuar la aquiescencia de la mano regia en el todavía reciente homicidio. Aunque el secretario Mateo Vázquez glosase la prudencia del monarca para conmovier su conciencia y forzar la caída de su rival, la sombra de la discre-

62 Sobre el concepto de la discreción en las letras hispanas durante los siglos XVI y XVII se pueden destacar Bernardo Blasco-González, *Del Cortesano al Discreto. Examen de una decadencia*, (Madrid, 1962) cuyo sugerente título promete más de lo que ofrece el contenido del estudio inacabado; más específicamente interesan el espléndido apéndice de Alexander A. Parker, «The meaning of *Discreción* in *No hay más fortuna que Dios*: the medieval background and the Sixteenth- and Seventeenth- Century usage», en Pedro Calderón de la Barca, *No hay más fortuna que Dios*, Manchester, 1949, 77-92; Margaret J. Bates, «*Discreción* in the works of Cervantes: A semantic study», Washington, 1945, 14-35 y 66-9; además de José G. Herculano de Carvalho, «Um tipo Literário e Humano do Barroco: O *Cortesão Discreto*», en *Boletim da biblioteca da Universidade do Coimbra*, vol. XXVI, 1963, 5-24 (donde se sostiene que Rodrigues Lobo equipara la discreción a la prudencia); Mercedes Blanco, «Le savoir-vivre dans l'Espagne du Siècle d'Or», en Alain Montandon (ed.), *Pour une histoire des traités de savoir-vivre en Europe*, Clermont-Ferrand, 1994, 140-7; Aurora Egido, «Introducción» en Baltasar Gracián, *El Discreto*, Madrid, 1997, 19-28.

63 Damasio de Frías, ms. cit., f. 23.

64 José Martínez Millán, Carlos J. de Carlos Morales, Santiago Fernández Conti y Manuel Rivero Rodríguez, *Felipe II (1527-1598). La configuración de la monarquía hispana*, Salamanca, 1998, 145 y 204-9.

ción planeaba sobre el rey católico. Resulta anecdótico que una de las más difundidas empresas de Felipe II representase a Apolo en su carro solar, el dios de la discreción gobernando la rotación del universo⁶⁵. En la secular polémica sobre la vida y las decisiones de Felipe II abundaron ciertamente quienes consideraron que en determinadas ocasiones ni los fines ni los medios empleados por el monarca podían ser considerados ni buenos ni virtuosos ni intrínsecamente prudentes. Pero los panegiristas hispanos del soberano como Alonso de Cabrera, Lorenzo van der Hammen o Baltasar Porreño rehuyeron un elogio tan ambiguo como el de *Rey Discreto* en aquel periodo de contienda confesional y se inclinaron por el ya difundido renombre de *Rey Prudente* frente a las diatribas de los polemistas precursores de la *leyenda negra*. ¿Podía haber ocurrido de otra manera? Resulta significativo que sobre el sedimento de unas nociones contrapuestas sobre la discreción y la prudencia se configurase durante la década de los noventa la polémica entre las diversas propuestas de política católica y la razón de estado.

3. EL IMPERIO DEL MODO: EL GALATEO Y LA BUENA CRIANZA

Por lo demás, en el *Diálogo de la discreción* Frías ensalza la capacidad de adaptarse a las circunstancias y al entorno hasta el punto que reprueba al que siempre es uno mismo en todo momento y ante toda clase de interlocutores. La vida humana concebida como *conversación civil* exige acomodarse al tiempo y al uso, resultando poco políticos e incluso rústicos aquellos que «no haciendo elección de personas ni distinción de tiempos o diferencia de lugares, siempre con todos y donde quiera son unos y los mismos, sin curar de aplicarse al modo y costumbres de la tierra donde viven y de los hombres con quien tratan, midiendo por su gusto y opinión los demás». La *regla universal de la discreción* consiste en saber acomodarse «al gusto y trato de los mayores y poderosos», conociendo «el humor y condición del señor, sus inclinaciones y gustos» para complacerles y agradarles. Ciertamente según la edad, el carácter y las aficiones del señor el discreto se debe conducir de diferente manera pero «con todos en universal se tiene por discreción volverse camaleón en lo superficial el hombre que los trata y sirve» para acertar «ir tras la corriente de sus antojos para ganar sus amistades, y ya que ganadas saberlas conservar» sorteando la inconstancia de los señores y las conjuraciones de los competidores. La estrategia del camaleón que propone Frías quizá se fundase en su experiencia como criado del Almirante y en los

65 Sobre la empresa solar de Felipe II y, en general, de los Austrias españoles véase Pedro A. Galera Andreu, "Un emblema solar para Felipe II" y Virgilio Bermejo Vega, "*Princeps et Apolo*. Mitología y alegoría solar en los Austrias hispanos" en *Actas del I Simposio Internacional de Emblemática*, Teruel, 1994, 457-92.

medios para medrar en una corte señorial, pero también se puede aplicar a otras esferas desde la corte doméstica a la corte regia.

En este apartado que dedica Frías a los medios de agradar al superior los paralelismos son evidentes con una corriente áulica castellana con pretensiones empiristas que tiene su exponente más destacado Antonio de Guevara y su obra *Aviso de Privados y Doctrina de Cortesanos* (Valladolid, 1539) reeditada en numerosas ocasiones a lo largo del siglo XVI y traducida en esa centuria al italiano, al francés y al inglés. El obispo de Mondoñedo aconseja a los cortesanos conocer bien el carácter y las inclinaciones del monarca y «vista su inclinación amar lo que él ama y seguir lo que él sigue», advirtiendo que «el curioso cortesano tengase por dicho que todo lo que el rey aprobare ha de tener por bueno y todo lo que a él no agradare se ha de tener por malo; y si por caso lo contrario le pareciere puede lo sentir, mas guárdese y no lo ose dezir». La habilidad del cortesano para adaptarse a las aficiones del príncipe tiene como único fin medrar y conseguir la privanza: «Si el príncipe fuere amigo de cetrería deve el buen cortesano tener buenos halcones; y si fuere inclinado a la montería, proveerse de buenos lebreles; y quando fuere con él a caçar o a montar de tal manera le sirva en aquella jornada; que para el rey busque caça, y para sí la privança»⁶⁶. Por tanto, la lógica de medrar reiterada en los manuales áulicos de las primeras décadas del siglo XVI adquirió durante el reinado de Felipe II una dimensión nueva a través de la preeminencia y superioridad de la discreción, concepto que prácticamente brilla por su ausencia en la obra de Guevara.

Ciertamente el pragmatismo de la discreción en el diálogo de Frías contrastaba con las cualidades morales que otros tratadistas exigían al cortesano como el conde Baldassare Castiglione quien estableció en el *Libro del Cortegiano* (Venecia, 1528) que el perfecto cortesano, junto a otros atributos, debía distinguirse por su bondad virtuosa, por el servicio honesto al príncipe y por educar a su señor en la virtud. Esta aproximación al mundo áulico recibió las primeras objeciones en la misma Italia como en la obra de Pellegrino Grimaldi *Discorsi ne quali si ragiona di quanto far debbono i gentilhuomini ne servigi de lor signori per acquistarsi la gratia loro* (1543) quien reprochó a Castiglione que propusiese un ideal de perfección inalcanzable, distanciándose Grimaldi de la bondad moral con el fin de lograr una mayor efectividad de la conducta del cortesano en el entorno hostil de la corte⁶⁷. Damasio de Frías también se alejó del architexto de Castiglione a veces de forma expresa como cuando alude desdeñosamente a

66 Antonio de Guevara, *Aviso de Privados, y Doctrina de Cortesanos*, en *Las obras del ilustre señor don Antonio de Guevara...*, Valladolid: Juan de Villalquarán, 1539, ff. VII-VIII.

67 Con respecto al distanciamiento moral con respecto a Castiglione en los tratados de Gianbattista Giraldis Cinzio, Lorenzo Ducci, Bernardino Pino y Etienne Du Refuge véase Peter Burke, *Los avatares de El Cortesano*, Barcelona, 1988; ed. orig. 1995, 141-3.

«estos nuestros bachilleres escolásticos, que jamás salen de leer en *El Cortesano*, envueltos siempre en preceptos decorados de estas universidades, tarde o nunca bien puestas en ejecución». A la altura de 1579 la crisis del arquetipo de cortesano perfecto formulado por Castiglione parece evidente; a partir de 1588, coincidiendo con las secuelas ético-políticas del fracaso de la *empresa de Inglaterra*, se deja de reeditar la versión castellana de *El Cortesano* de Castiglione.

Más favorable resulta la posición de Frías con respecto a otro de los architextos italianos, el *Galateo overo de' Costumi* (Venecia, 1558), obra de Giovanni Della Casa editada póstumamente. Con todo, aun valorando apreciativamente a su *discretissimo* autor y su novedoso manual de buenos modales, Frías advierte contra la inutilidad de una casuística de la crianza y la cortesía. Detallar los preceptos particulares de la conducta del hombre discreto en las múltiples ocasiones de la vida política y la conversación civil resulta para Frías un ejercicio poco fructífero ante la variedad de circunstancias que tiene que afrontar la discreción «porque no a todas personas, ni a todas edades, ni a las diferentes calidades de tantos ni en tantas diferencias de tiempos y de lugares convienen una misma cosa». Frías recuerda que no fueron las mismas las ceremonias de los antiguos griegos y romanos, ni las de los modernos italianos, franceses, flamencos o españoles. También los indios del Nuevo Mundo, recuerda Frías, tenían ceremonias particulares. Ante la diversidad de pueblos y costumbres que existen sobre la faz de la tierra encerrarse en un código de buenas maneras vinculado a un espacio y tiempo concretos impediría al avisado viajero desenvolverse en todos los lugares con la debida *gentileza y policía del bueno y discreto trato*. En este sentido cobra valor la *regla universal de la discreción* capaz de adaptarse y acomodarse a ceremonias y cortesías dispares siguiendo el uso y la costumbre de la mayoría del lugar donde se encuentra. Por tanto, Frías extrema el principio de adaptarse a la *usanza comune* que aparece con frecuencia en el *Galateo* de Della Casa, pero hasta el punto de cuestionar cualquier precepto concreto de buena crianza que pretenda tener una validez universal. En todo caso, Frías compartió con autores como Della Casa y Stefano Guazzo el empeño por articular los fundamentos de la conversación civil, de la vida política de los hombres.

El sendero iniciado por Giovanni Della Casa fue continuado por el vallisoleitano Lucas Gracián Dantisco en el *Galateo Español* (Taragona, 1593) obra en la que se incluyen los avisos básicos para saber comportarse en la mesa, al conversar, al jugar y en las ceremonias. El *Galateo Español* se reeditó en más de veinte ocasiones durante los dos siglos siguientes a su publicación. Lucas Gracián creció en un entorno familiar en el que confluían el humanismo y la afición a las letras con el servicio al monarca. Significativamente, este enlace de la diosa Minerva con las deidades áulicas también estuvo presente en su bautismo al ser su padrino el secretario Gonzalo Pérez. En el *Galateo Español* Gracián Dantisco sigue de cerca la estela del galateo de Della Casa aunque con diversas modifica-

ciones de contenido y conceptuales, como la reiteración del término *cortesano* que apenas empleó Della Casa⁶⁸. Sobre la finalidad del *Galateo Español* resulta ilustrativo el soneto de Gaspar de Morales situado al comienzo de la obra: «Pues oy al ignorante hazes prudente, / al más grossero tornas cortesano (...) / Gracián, de discreción perfecta llave». El género del galateo se propone como llave de la discreción que permita abrir las puertas del laberinto, medrar en la corte y prevalecer «en la común conversación para ser bien quisto y amado de las gentes». El interés de Frías por el *Galateo* y sus continuas referencias a Della Casa estaban plenamente justificadas pues la discreción, la cortesanía y la crianza comparten el interés por «saber el modo y manera de palabras y costumbres» que deben adoptar las personas en la conversación civil⁶⁹. La naturaleza sociable y política del hombre le impide vivir retirado, no habitando en parajes inhóspitos «sino en las ciudades y cortes entre las gentes». Gracián Dantisco aconseja al *plático cortesano* evitar cuidadosamente producir fastidio en los sentidos de los que le rodean haciendo cosas asquerosas como erupcionar, estornudar *atronando* o escupir. Tras recomendar diversas estrategias en el arte de la conversación para agradar a los interlocutores Gracián Dantisco, a pesar de la multitud de preceptos particulares de buena crianza que jalonan su obra, acaba coincidiendo con Frías y Della Casa en la recomendación de seguir el uso y costumbre del lugar donde se reside atendiendo a las circunstancias de la ceremonia que se realiza según el lugar, tiempo, edad y condición de los interlocutores. Así, las ceremonias, los tratamientos y las cortesías son el espacio de confluencia de dos corrientes diversas, las de los galateos y del discurso sobre la *regla universal* de la discreción. Gracián Dantisco subraya la relevancia del *decoro* concebido como una conformidad entre el ser y el aparentar, no pudiendo el noble actuar como el rústico plebeyo. «Conviénete pues guardar mucho de qualquiera desconformidad, como de aquestas desconvenientes maneras y tratos, aun con mayor cuidado de no dar nota ni escándalo de ti a nadie». Otros humanistas cultivaron el género de la crianza como Juan Lorenzo Palmireno quien en sus obras *El estudioso de la aldea* (Valencia, 1568) y *El estudioso cortesano* (Valencia, 1573) incluye avisos de discreción en las conversaciones y de buena crianza, estos últimos influidos por *De civilitate morum puerilium* de Erasmo. Con el paso del tiempo otros escritos como el *Arancel de necedades* y otros autores como Baltasar Gracián se ocuparon de ridiculizar los excesos de la buena crianza y los puntillosos preceptos de los tardíos galateos españoles.

68 Cfr. introducción de Margherita Morreale a Lucás Gracián Dantisco, *Galateo Español*, Madrid, 1968, 32.

69 Sobre el uso limitado y el significado que da Della Casa al término véase Mario Santoro “La *discrezione* nel *Galateo* di Giovanni Della Casa”, *Fortuna, ragione e prudenza nella civiltà letteraria del Cinquecento*, (1978, ed orig. 1967), 545-82.

4. EL JUEGO DE LA CORTE Y EL DESENGAÑO DE LA DISCRECIÓN

Mientras Lucas Gracián Dantisco ofrece la llave de la discreción, Alonso de Barros, criado de la casa real de Felipe II, no promete menos en su tratadito *Filosofía Cortesana, moralizada* (Madrid, 1587)⁷⁰. Como asegura Miguel de Cervantes en uno de los sonetos que abre la obra «El que navega por el golfo insano / Del mar de pretensiones, verá al punto / Del cortesano laberintio el hilo». *La Filosofía Cortesana* servía para aclarar las reglas de una especie de juego de la oca que representaba el tortuoso itinerario de los pretendientes en la corte. Según la suerte de los dados los jugadores podían avanzar o retroceder sus fichas en las casillas del tablero. Ganaba el dinero apostado el que llegaba a la última casilla, que representaba la palma de la gloria. Las casillas eran favorables o contrarias dependiendo de los versos e imágenes que tuviesen, demostrando una clara influencia de los tópicos de la emblemática. Barros se sirve del juego para advertir a los que pretenden medrar en las cortes sobre los medios que tienen que utilizar (liberalidad, adulación, diligencia, esperanza y trabajo) para lograr el favor del privado, aunque también les previene de las múltiples borrascas que acechan durante la navegación cortesana como el pozo del olvido, la falsa amistad, la mudanza de ministros y la muerte del valedor, todas ellas casillas contrarias que obligan a la pieza del jugador a retroceder. Preside el tablero del juego la imagen de la inestable fortuna con dos caras, una favorable y otra temible. En la mano derecha la Fortuna sostiene una rama de palma insignia del vencedor mientras en la mano izquierda empuña una espada, señal del rigor con el vencido. Entre la palma y la espada transcurre la navegación cortesana por el mar del sufrimiento. El juego de la corte permite a Alonso de Barros predicar el *desengaño* a los que pretenden medrar en el palacio de los reyes sin saber las desventuras que les esperan. Como escribe el clérigo letrado Diego de Simancas en sus memorias tras fracasar en su pretensión de ser nombrado presidente del consejo de Castilla por Felipe II: “Dice muy bien Andrés Resendio en el tratado de *Vita Aulica*. *Libertas odio est: fallendi nescius et cui candida simplicitas placeat exeat aula*. Yo no sé engañar, ni mentir, ni fingir, ni usar cautelas, ni de artificios, sino vivir sencillamente, y por eso me conviene desviarme de la corte”⁷¹.

70 Véase el estudio de la obra que realiza José Martínez Millán, «Filosofía Cortesana de Alonso de Barros (1587)», en Pablo Fernández Albaladejo, José Martínez Millán y Virgilio Pinto Crespo (eds.), *Política, religión e inquisición en la España moderna*, Madrid, 1996, 461-82 y la introducción biográfica de Trevor J. Dadson, «Estudio» en Alonso de Barros, *La Filosofía Cortesana, Moralizada*, (ed. facsímil) Madrid, 1987, 5-52.

71 *La vida y cosas notables del señor obispo de Zamora Don Diego de Simancas (...) escrita por el susodicho*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, II, *Autobiografías y memorias*, Madrid, 1905, 196.

En el *Diálogo de la discreción* de Damasio de Frías ya planeaba la sombra del desengaño de la corte. Hasta tal punto que se reconoce que el hilo de la discreción puede quebrarse abandonando a su suerte a los perdidos en el laberinto. Frías presenta como espejo de la discreción a Diego Hurtado de Mendoza, en quien se funden la excelencia en las letras con el servicio a los monarcas en destacados cargos diplomáticos y militares en Inglaterra e Italia⁷². «Quán discreto era, y quán buen Cortesano» afirma Frías pero advierte a continuación que a pesar de sus buenas partes y discreción «jamás pudieron ocupar con su rey aquel lugar que la verdadera discreción y valor de hombre tan principal suele siempre tener. Antes le vimos ir siempre cayendo derribado y en desgracia de ventura lo más que en España estuvo». El declive del hado de Diego Hurtado de Mendoza en la corte de Felipe II tras su regreso a España y la brusquedad con la que perdió todo vestigio del favor real tras un grave incidente palaciego con Diego de Leiva en 1568 permiten a Frías plantear los límites de la discreción y distinguir dos arquetipos de cortesanos discretos. En primer lugar, un modelo de discreto sabio y docto encarnado por Diego Hurtado de Mendoza, caracterizado por «su mucha erudición» y «su gran variedad y conocimiento de cosas, con una singular agudeza y una experiencia de tanto como había visto y de lo mucho que había al fin pasado por sus manos». Sin embargo, una discreción tan sabia tenía sus inconvenientes ya que «habíasele pegado alguna sequedad y desabrimiento, y de su mucho valor y grande ingenio quieren decir que alguna demasiada libertad». Diego Hurtado de Mendoza se convirtió en el trágico exponente de la *demasiada discreción* tal y como la recoge Juan de Horozco y Covarrubias en uno de sus *Emblemas morales*. El emblema representa a una araña tejiendo la telaraña y a un gusano de seda fabricando su capullo⁷³. La enseñanza moral del emblema consiste en que mientras la araña sobrevive y se alimenta con su tosca telaraña el gusano de seda con su sutileza de ingenio fabrica una cárcel llena de primores y delicadezas que sólo le sirven de dorada sepultura. El paradójico destino del gusano de seda según Horozco y Covarrubias es la metáfora del infortunio del cortesano discreto. *El demasiado discreto muere* como Diego Hurtado de Mendoza quien a pesar de sus sutilezas y primores cayó en desgracia y fue desterrado de la corte. La *demasiada discreción* provoca la *muerte* del cortesano que sería su alejamiento de la presencia del monarca o, en palabras muy expresivas de Luis Zapata en su *Varia Historia*, la *descomunión real*.

Damasio de Frías propone en su *Diálogo de la discreción* una segunda tipología de cortesanos discretos que se encarna en Diego de Acevedo, mayordomo del príncipe Felipe y tesorero general de la Corona de Aragón entre 1542

72 Ángel González Palencia y Eugenio Mele, *Vida y obras de Don Diego Hurtado de Mendoza*, 3 volúmenes, Madrid, 1941-1943.

73 Joan de Horozco y Covarrubias, op. cit., Libro Segundo, Emblema XXXV, ff. 69-70.

y 1558. Protegido del duque de Alba a mediados de la década de los cincuenta Acevedo actuó como correo entre el príncipe y el emperador, comunicando *a boca* aquellas materias secretas que padre e hijo no se atrevían a poner por escrito. Acevedo falleció en 1558 en Laredo cuando se disponía a embarcarse rumbo al reino del Perú del que Felipe II le había nombrado virrey⁷⁴. Frías elogia sin matices la discreción de Acevedo no ensombrecida por la sequedad y la *demasiada libertad* que atribuía al *discretísimo* Diego Hurtado de Mendoza. De Diego de Acevedo recuerda:

¡Qué cosa era, váleme Dios, verle necear con los necios, loquear con los locos! ¡qué maduro y prudente entre viejos! ¡qué alegre y regocijado entre mozos! ¡cuán grave con los severos! ¡qué gracioso con los regocijados! ¡cuán hecho al gusto y medida de los con quien trataba! ¡qué gracioso en los donaires! ¡qué agudo y sin perjuicio en los motes! ¡y cuán hecho y hallado en todas ocasiones, a todos tiempos, en todos lugares y con todas personas!

La discreción llega a su máximo artificio cuando es capaz de simular sin afectación necedad y locura, adaptándose de forma mimética al entorno y a las circunstancias. Diego de Acevedo es el espejo vivo del discreto desengañado en su grado supremo, un Proteo que se transforma según la índole del interlocutor, un camaleón capaz de hallar la salida del laberinto de la corte.

ANTONIO ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO
Departamento de Historia Moderna, UAM

74 Manuel Rivero Rodríguez, «Diego de Acevedo» en Apéndice: *Los Consejeros de Felipe II* en José Martínez Millán y Carlos J. de Carlos Morales (dirs.), *Felipe II (1527-1598). La configuración de la monarquía hispana*, Salamanca, 1998.